Luis de Oteyza

ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS

EDICIONES DEL VIENTO 

Luis de Oteyza



El madrileño de origen vasco, Luis de Oteyza nace accidentalmente en Zafra (Badajoz) el 30 de junio de 1883. De familia acomodada, tras acabar sus estudios de bachillerato se matricula en la Escuela Naval, que cierra por los descalabros de Cuba y Filipinas. Entonces se incorpora a la Escuela de Ingenieros Industriales, pero su vocación literaria y periodística lo empuja a abandonar los estudios definitivamente. Periodista, escritor, poeta y viajero, su entrevista a Abd El Krim, en el verano de 1922 le confiere gran popularidad. Agobiado por la dictadura de Primo de Rivera, en 1925 decide viajar a Extremo Oriente, y hace escala en Malasia, Filipinas y China, para alcanzar finalmente el Japón. Dos años después, junto con el fotógrafo Alfonso Sánchez Portela, realiza el vuelo Toulouse-Dakar en un aparato de los servicios postales franceses. Estas experiencias viajeras quedarían plasmadas en distintos libros. Tras algunos viajes regresa a España con la República en 1930. En 1933 es nombrado embajador en Venezuela. En 1936 retira su apoyo al gobierno de Largo Caballero y se traslada a Nueva York, donde ejercerá la corresponsalía de varios medios hispanoamericanos. Fallece en Caracas, ciudad en la que llevaba viviendo treinta años, el 10 de marzo de 1961.

Fotografía de cubierta: Rifeños. Autor y fecha desconocidos

ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS

Luis de Oteyza

ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS



EDICIONES DEL VIENTO

Publicado por primera vez por Editorial Mundo Latino, Madrid 1924

EDICIONES DEL VIENTO S.L.
C/ Alfredo Vicenti, nº 32 - 9º / 15004 A Coruña
www.edicionesdelviento.es

ISBN: 978-84-947880-4-8
Depósito legal: C 23-2018
Impreso por: Tórculo

Impreso en España / *Printed in Spain*

A Alfonsito Sánchez y a Pepe Díaz,
en recuerdo de los malos ratos que pasamos juntos

Alfonsito



Pepe Díaz



Oteyza



Índice

Palabras liminares 11
Un viaje accidentado 15
Dentro del campo enemigo 27
El derrumbamiento 33
Los oficiales cautivos 45
Navarro, Araujo y los Aviadores 53
El Rif, la paz y el rescate 59
Habla el caudillo del Rif 67
Un rescate que puede y debe hacerse 83
Cómo nos ven los moros 89
La intervención de Francia 97

Índice onomástico 111

Palabras liminares

Desde pocos días después de ocurrir el derrumbamiento de la Comandancia general de Melilla, cuando apenas comenzó a disiparse el estupor producido en España entera por esa catástrofe, si acaso no la más grande, indudablemente la más completa que registra la historia de nuestros fracasos coloniales, sólo hubo un deseo en la prensa española: el de poder informar a sus lectores de lo que ocurría en el campo enemigo, arrancando declaraciones al afortunado caudillo de la morisma y oyendo las quejas de los cautivos que en su poder cayeron, para conseguir así, con datos exactos sobre lo pasado, examinar el presente y estudiar el porvenir de nuestra gestión en Marruecos, magno problema que puede ser, que debe ser, que es vital para el pueblo hispano, tanto en el orden de los intereses materiales como en el de aquellos otros factores que son patrimonio el alma.

Y este deseo de todos los colegas sin distinción, intentado realizar por algunos compañeros animosos, había de lograrse para el honor de las columnas de *La Libertad* y por quien las presentes líneas escribe. A cada uno de estos extremos le corresponde la razón consiguiente: el periódico que dirijo es el que con mayor asiduidad y mejor fortuna viene trabajando para sostenerse en el privilegiado lugar que el favor del público le confirmó, y sólo su director había de hacer el viaje, ya que el territorio beniurriaguel es lugar al que puede irse, pero no se puede mandar ir... «No dirá de mí ninguna

mujeruca de Toledo que envié al degolladero a su marido y me quedé a salvo», es la lección que dio a cuantos ejercemos mando aquel que, sabiendo cuándo había que pelear como caballero, sabía cual era el momento de morir con dignidad.

De tal modo, lo que tenía que suceder ha sucedido. Tras de esperar paciente la ocasión, fui a Aydir —Dios y yo sabemos a costa de cuántos trabajos, de cuántos sacrificios, de cuántas angustias—, y de vuelta estoy. Y ahora es cuando son mayores las inquietudes que me acometen. Al asir la pluma y afrontar las cuartillas, tiembla mi corazón y se nubla mi frente como no lo hiciera en el instante que, solo e inerme, pisé la playa de Suani, dando el pecho a los fusiles enfilados de la guardia mora y viendo tenderse para estrechar mi mano honrada aquella otra que probablemente pilló e incendió los bienes de mis indefensos compatriotas, se mojó en la sangre de los rendidos sacrificados y acarició sádica las carnes de las prisioneras violadas.

Voy a decir tristes verdades... Y no temo, no, ni la impopularidad que ello vaya a acarrearme entre los fariseos del patriotismo, ni las persecuciones con que puedan favorecerme las leyes inicuas que dejan sin castigo al delincuente y condenan a la víctima si se queja cuando es robada y asesinada. Temo sólo no ser escuchado o no ser creído, porque entonces resultará estéril la tarea, inútil la fatiga y sin finalidad el riesgo. ¡No puede ser!

No puede ser; no por mí —nada soy y nada importo cuando tan altos fines se buscan—, sino porque al ofrecer para que se vean y se juzguen las verdaderas causas del desastre, las razones que los moros tuvieron para combatir, las condiciones que Abd-el-Krim pide para la paz, el real estado y la suerte probable de los prisioneros, el concepto en que se nos estima en África y la inminencia de otro Annual, más la posibilidad de una guerra con Francia, trato de dar enseñanzas que conseguirán poner remedio a males terribles para España, pues pueden ocasionar su muerte, y, lo que es peor, su deshonra.

Voy a decir verdades tristes; pero verdades. Fíen en la certeza de mis palabras todos, y atiéndanlas, que merecen ser atendidas. Considerando asimismo todos, además, que mejor que a sacar consecuencias —sólo lo haré en aquello que un simple sentido común resuelve, porque no me creo capacitado para estadista ni para estratega— voy a dedicarme a reseñar hechos. No hay, pues, temor de que mi juicio falle.

En cuanto a mi labor informativa, ¿qué decir?... Soy periodista desde la adolescencia, estando ya en las postrimerías de la juventud, y he logrado llegar al puesto que ocupo paso a paso, sin saltar un peldaño en la escala. Ha sido, por tanto, larga mi carrera, y he desempeñado en ella todas sus funciones, de las más humildes a las más encumbradas. Nadie, ni mis más enconados detractores, se atreverá a negar que puedo hacer bien lo que no es, al cabo, sino un sencillo reportaje.

Y vaya sin más preámbulo el relato de la odisea que he tenido que sufrir hasta conseguir el logro de mi afán. Es de interés el relato que, además, sirve para atajar la calumnia con que me ha acometido la envidia impotente de que fui a Aydir valido del favor oficial. Ved, lectores, cómo el favor oficial me encarceló y me expulsó en la zona francesa, y me rechazó a cañonazos en nuestra zona.

Un viaje accidentado

Rafaelito Hernández, uno de los varios redactores a los que tenía encomendado, desde hace casi un año, el encargo de ponerse al habla con los amigos —muchos y muy poderosos por cierto— que en Europa tiene el caudillo africano, vino al fin en los últimos días de junio, y me dijo que ya estaba en Madrid «nuestro hombre».

—Puedo arreglarlo todo en unas horas y marchar mañana mismo —añadió gozoso, creyendo que yo iba a consentir que él ni nadie corriese semejante riesgo por mi orden.

Tuve que luchar de firme para convencerle, y al cabo, con generosidad que me complazco en hacer pública, se resignó a cederme el puesto de honor, limitándose a venir conmigo para secundarme en la entrada de Beniurriaguel y auxiliarme en la salida si preciso fuere.

Aquella misma noche vi a «nuestro hombre» y me convine con él. También vi a Alfonso para que, acompañándome, hiciese las fotografías que dieran prueba a los incrédulos de que había estado donde me proponía ir. El más popular de los informadores gráficos se llenó de júbilo ante mi proposición, y de tristeza considerando que sus ocupaciones no le permitían intentar la aventura. Ya salía yo de su casa para ir en busca de Pepe Díaz, el reportero fotógrafo de «Prensa Grafica» —quien, como es sabido, al fin también me acompañó— cuando Alfonso me detuvo, asiéndome por un brazo:

—Llévate a mi hijo —dijo trémulo.

—Pero...

—¡Llévatele! Sé que contigo no le ha de pasar nada. Creo en tu suerte, Luis.

—Pues si crees en mi suerte, que venga. Te juro que no le ha de pasar sino lo que a mí me pase.

Quedó organizada la expedición. Alfonsito dispuso el viaje, diciendo su padre que iba a París a comprar unas máquinas; Rafael Hernández se despidió en la redacción, con permiso mío, para ir a veranear, y yo envié a Santander a mi mujer y mis chicos, diciendo en el periódico que me iba con ellos, y a ellos que me quedaba en Madrid.

El domingo, 2 de julio, a las diez de la noche, nos reunimos los tres expedicionarios en la estación de Mediodía para salir en el expreso de Cartagena, donde tomaríamos rumbo a Orán. No sabía nadie nuestros propósitos, salvo Alfonso y mi fiel Lezama, con lo que ni siquiera había el temor al fracaso, ya que el intento era ignorado por todos. Pronto se verá cómo se complicaron las cosas.

El misterioso amigo de Abd-el-Krim me había dado cartas para unos moros comerciantes de Uxda, los cuales, a su presentación, me darían otras para sus corresponsales en Tauritz, siendo éstos los encargados de relacionarme con los jefes de caravanas que llevan el contrabando a nuestra zona desde la zona francesa.

De Orán, pues, nos trasladamos Rafael Hernández y yo a Uxda. Alfonsito nos esperaba con las máquinas y demás impedimenta en la capital de la Oranía, ya que aún sólo se trataba de hacer llegar al presidente de la República del Rif y sus ministros las cartas que me garantizaban y mi solicitud del necesario permiso para entrar en sus lares. Un ferrocarril cómodo y rápido nos condujo en ocho horas. Y sin equipaje, y, por tanto, sin dificultades aduaneras, cruzamos la frontera, pasando por delante de los askaris que la guardan silbando *La Madelon*, a fin de que nos tomasen por ex movilizados, que es la clase social más considerada, hoy por hoy, en Francia y en sus colonias.

Sin preguntar a nadie, guiándonos por las indicaciones que en Madrid recibimos, llegamos al barrio moro y a la calle y a la casa



Playa de Suani, vista desde la motora. Al centro, la tienda de campaña de los guardias del mar



Un rato de *chau-chau*. El Maal-lem, Mahomed Quijote, Abd-el-Krim, Ben Siam *Pajarito*, Mahomedi Ben Hah, el hermano de Abd-el-Krim y Luis de Oteyza

donde necesitábamos llegar. Dimos las cartas que llevábamos, recogimos las que habían de darnos, y nos dispusimos a seguir el camino.

Pero el automóvil para Tazza y Casablanca, que deja en Tauritz, no sale de Uxda hasta las cinco de la mañana. Había que irse a un hotel para hacer noche, y a un hotel nos fuimos. ¡Más nos valiera haber dormido en el campo, expuestos a la picadura de un alacrán!

Apenas dimos nuestros nombres, y con ellos a conocer nuestra calidad de españoles, empezaron los quebrantos. Miradas de recelo, preguntas capciosas, cuchicheos misteriosos...

—¿Qué pasa aquí, Rafaelito?

—Déjalos tranquilos.

Tranquilos los dejamos, pero, ¡ay!, ellos no hicieron lo mismo con nosotros. A las once de la noche, cuando nos acabábamos de dormir, irrumpió en nuestro cuarto la policía.

—¿Los papeles?

—Pero, ¿qué hora es ésta de pedir los papeles?...

No creían que estuviéramos acostados aún... Pedían perdón si molestaban... Dimos nuestros pasaportes, y resultó que faltaba un visado.

—¡Si se ha suprimido en visado entre España y Francia!

Allí no había llegado la orden... Se trataba, de todos modos, de una pequeña formalidad... Con pasar al día siguiente por el Consulado francés quedaba arreglado todo...

—Por la tarde, ¿eh?

—Sí, por la tarde.

Lo prometimos, y a las cuatro de la mañana íbamos a tomar el automóvil, cuando encontramos junto al estribo un polizonte. ¡Los papeles otra vez! Dijimos que por la tarde volveríamos para ir al Consulado; pero fue inútil. Había que ir inmediatamente.

—¿A las cinco de la mañana?

Nos aseguró el esbirro que sí, que allí se madrugaba mucho, que era la mejor hora. Y para que no nos perdiésemos tuvo la amabilidad de acompañarnos en persona.

Al entrar en el patio del Consulado se cerraron tras de nosotros las puertas y un askari montó la guardia.

Seis horas y media estuvimos presos. Poco antes de las doce, y a presencia del jefe de Policía y de media docena de agentes, nos recibió el secretario de M. Feit, cónsul francés de nombre y tirano de hecho en territorio marroquí, representando a la libre Francia. Se identificaron al cabo, de modo completo y absoluto, nuestras personalidades, y se vio que, en efecto, éramos Luis de Oteyza y Rafael Hernández, director y redactor, respectivamente, de *La Liberté.*

Lo que no se supo era a lo que íbamos. Eso del turismo en julio, y por el corazón de África, les pareció un poco raro. De todos modos, estábamos libres; pero teníamos que regresar a Orán para que nos autorizaran el pasaporte. Con Francia no hay visado, ¡claro que no!; pero aquello no era Francia —aunque allí nos detenían autoridades francesas—, sino Marruecos.

Y a Orán volvimos. ¿Qué hacer? El cónsul de España en Uxda, al que habíamos llamado, nos confesó que él no había logrado el *exequator*, y que no puede intervenir en nada, más que oficiosamente. Además nos dijo que no iba nada contra nosotros. Se trataba de una confusión. Creyeron que éramos oficiales de la Policía indígena española, que íbamos para enterarnos de la detención de cinco soldados de la *mia* del Zayo, presos contra toda ley y todo derecho por los franceses. Tan satisfactoria explicación nos dejó absortos.

—Pero, señor Cajigas —pregunté cuando recobré el habla—, si en efecto hubiéramos sido oficiales del Ejército español y nos hubieran detenido, ¿qué habría hecho usted?

—Habría reclamado, y no me hubiesen hecho caso, como no me lo hicieron cuando reclamé por los cinco soldados que están presos.

Arreglado el visado de nuestros pasaportes en la prefectura de Orán, gracias a la enérgica intervención de nuestro cónsul en esa, Teodomiro Aguilar, volvimos a Uxda nuevamente.

Es decir, volvió primero Hernández para pasar las cartas, y después Alfonsito y yo, visto que transcurrían los días sin recibir nin-

gún aviso de nuestro compañero. Y nos encontramos con que éste nos aguardaba impaciente, tras habernos puesto cinco telegramas que se quedaron en el camino.

Según nuestro explorador, no se podía hacer nada. Llegó a Tauritz; pero con un askari a cada lado. Los moros, al verle con semejante compañía, se negaban a recibirle en sus casas. Por eso me llamó para pedirme instrucciones.

«A ver si yo...», pensé.

No; yo tampoco. Aquella vigilancia, mayor a medida que transcurría el tiempo, fracasaba toda gestión. En esto, Cajigas, nuestro cónsul *in partibus*, nos avisó que tenía noticias de que se había pedido a Rabat la orden de expulsión contra nosotros. Y decidimos anticiparnos a ella.

Regresamos por segunda vez a Orán fracasados, vencidos. ¡Esto se acabó! Pero recordé que la batalla de Marengo, perdida por los franceses a las dos de la tarde, al anochecer constituía el más brillante triunfo del gran Napoleón.

—Aquí —dije a mis compañeros— no podemos hacer ya nada; pero vamos a intentarlo por el otro lado.

Y les coloqué lo de la batalla de Marengo, advirtiendo que lo hacía para animar a Hernández e ilustrar a Alfonsito, que está en la edad de aprender.

—Déjate de bromas.

—¿Bromas?... Ya veréis si es broma que las batallas no se pierden cuando hay decisión para empeñarlas de nuevo al verlas perdidas.

A Melilla llegué con un plan que concebí en el barco que me conducía al enterarme casualmente de que el *Gandía*, otro vapor de la misma Compañía, llevaría, el 24, un convoy a los prisioneros. Ir en ese vapor y entregar mis cartas credenciales y la solicitud para Abd-el-Krim, era posible. No se trataba más que de conmover a su excelencia el general Ardanáz, cosa fácil, dado que es hombre de sentimientos piadosos, según nadie ignora desde que dio su célebre orden del día prohibiendo blasfemar en los campamentos.

Fui a visitarle y le rogué que me dejase ir en el convoy.

—Comprenda, mi general, que si yo informo a las familias de los prisioneros de que es cierto que son auxiliados con eficacia, llevaré la calma a muchos espíritus que se extravían en la desesperación.

Estas palabras me le entregaron:

—Irá usted, amigo mío.

Así me evité el remedio heroico, que había reservado, de prorrumpir en blasfemias para ver si, como gran castigo, me ponía en manos de Abd-el-Krim.

Y el día 24, a las diez de la noche, salí del puerto de Melilla, en el vapor de la Transmediterránea que lleva el título del duque converso. Íbamos el coronel Lasquetty, jefe de la expedición, que formaban el comandante de Estado Mayor Suárez Llanos y el teniente de la policía indígena Solanes, con veinte números de la compañía del mar.

Algún día reseñaré en extenso esta expedición tan dolorosa y tan vergonzosa. Vaya hoy sólo un detalle de dolor y vergüenza: mientras nosotros no podíamos enarbolar otra bandera que la de la Cruz Roja, los cárabos moros que a recibirnos acudían desplegaban la roja con la media luna y la estrella blanca, pendón nacional de la República del Rif. Pero repito que no es ocasión de hablar de esto.

El *Gandía* se situó frente a la playa de Suani, y allí esperamos la llegada del jefe moro Haddu Beni Alí El Maal-lem. Yo solicité bajar a tierra, cosa que me fue denegada terminantemente. Entonces decidí engañar a Lasquetty.

—¿No cree usted, mi coronel, que si yo hablo a solas con el moro tal vez me diga cosas que a ustedes, por su condición de militares, no les dice?

—Hombre, sí; es verdad —repuso.

Y cuando El Maal-lem estaba ajustando las cuentas que habían de pagársele —unas veinte mil pesetas nada más— por conducción del convoy que se hace cada veinte días, fingiendo que iba a buscar el dinero, salió Lasquetty, dejándonos solos. Rápido abordé al moro:

—Toma esas cartas. Necesito la contestación. ¿Dónde me la darás?

El Maal-lem leyó los sobres, y al ver que rezaban Mohamed Abd-el-Krim, Abbd-Salam Ben Mohamed El Jattabi y Mohamed Azarkan, dijo:

—Estar bien, estar bien. Espera tú.

Cuando regresó Lasquetty, ya las cartas estaban ocultas bajo las cumplidas vestiduras de El Maal-lem, y éste, tras breves frases en árabe con sus marineros, manifestaba que las rompientes no permitían continuar el desembarco y que había que esperar al día siguiente. En seguida se fue.

Al día siguiente volvió, en efecto, y aprovechando el breve instante en que se apartó de Lasquetty y los oficiales para retratarse conmigo, me dio la respuesta de Abd-el-Krim.

Las cartas que me presentaban al Jattabi y al *Pajarito* —Mohamed Azarkan—, escritas en árabe, y que por ello ignoro lo que decían aunque se me entregaran abiertas, llevaban incluida sólo una tarjeta mía, con estas palabras escritas al dorso: «*Te ruego influyas con Abd-el-Krim para que acceda a lo que le pido*».

En su carta a éste, que igualmente desconozco lo que pudiera decir, por estar asimismo escrita en árabe, se incluía otra mía, que copio a la letra:

Sidi Mohamed Abd-el-Krim
Aydir.

Muy señor mío: Con la carta que le acompaño como garantía me permito rogar a usted se sirva autorizarme para pasar a verle.

Acaso ni mi nombre ni mi personalidad le sean desconocidos, pues espero que durante su estancia entre mis compatriotas en Melilla haya tenido usted ocasión de ver mi periódico y saber quién es su director.

Y así, ya comprenderá mi interés. Deseo informar a los lectores de La Libertad —los más numerosos y los más comprensivos de

España— de cuanto a los propósitos de usted se refiere. Creo sinceramente que la pugna entre ustedes y nosotros es un problema de desconocimiento, y que el conocernos unos y otros sería la paz. Le ofrezco, pues, con tan buena finalidad, la ocasión de presentarse ante el público español. ¿La acepta usted?... Si lo hace, como supongo, estaré a su disposición donde, cuando y como quiera.

Dispuesto a entregarme a su caballerosidad, espero sus órdenes.

Suyo afectísimo seguro servidor, que estrecha su mano,

Luis de Oteyza

La contestación a esta carta me la dio de palabra El Maal-lem, diciéndome sencillamente: «Te esperaré aquí mismo durante tres días. Trae en tu barco una bandera blanca y entra en la bahía al amanecer».

Aquella misma noche estaba en el puerto de Melilla, buscando entre los pescadores una lancha motora que pudiera llevarme a la playa de Suani. No sin dificultad la encontré, y sólo ofreciendo al patrón y a los marineros una cantidad fabulosa para lo que ellos ganan, conseguí decidirlos. Iríamos, pues. ¡La segunda parte de la batalla de Marengo iba a empeñarse!

Atardecía el día siguiente, cuando, después de haber enviado las máquinas y el equipaje a bordo, Alfonsito y yo nos acercábamos al muelle Becerra, paseando distraídamente, con el aire de dos buenos «terrestres» que admiran las cosas y los hombres del mar.

De pronto, tras de una fila de pacas de paja apareció El Chiquito, patrón de nuestra motora, haciéndonos una seña. Le seguimos, bajando por una escalerilla, y entramos en un bote pequeño, que se perdió en las sombras de la bahía.

—Esto es de película —me dijo Alfonsito.

Al poco rato una motora, arrastrando su pareja pesquera, salía a alta mar. Pasado el promontorio de Tres Forcas, soltó el remolque. Y ya sola, volando sobre las espumas, navegó hacia la costa anhelada.

Noche cerrada aún, nos aproximamos al Cabo Quilates, que cierra la bahía de Alhucemas, cuando un haz de luz blanquísima nos envolvió, cegándonos. El estampido de un cañonazo agitó el agua del mar y el aire del cielo.

—¡El torpedero! ¡Estamos perdidos!

—¿Cómo?...¿Qué?...

—¡Pronto, a tierra! ¡Pegarse a la costa!

Cambiando el rumbo nos lanzamos contra el acantilado, a riesgo de deshacernos entre las rompientes. Otro cañonazo nos persiguió aún. Después, ¡nada! No sé sino que al cabo de varias horas, pasadas tirado en el fondo de la barca, llorando de rabia, me invitaban a desembarcar en el muelle Becerra otra vez.

Desesperado, muerto, entraba en el hotel, cuando me crucé con Pepe Díaz.

—¿Tú aquí?

—Me envía Lezama. Que hay que apresurarse... Con el alto comisario, en el mismo *Giralda*, han llegado unos periodistas de cámara para pasar a Aydir... Que te diga que todo Madrid sabe lo que intentas y que no puedes fracasar mientras otros triunfan...

—Hemos fracasado ya, Pepe.

—¡No! Dice Lezama que queda el irse a una posición avanzada, saltar el parapeto y echar a correr por el campo enemigo. Si tú lo haces, yo te acompaño.

Medité un momento. Vi a mi buen Lezama desesperado por las risas malévolas, las suposiciones calumniosas y las falsas compasiones de los queridos compañeros. Hay que ir a Aydir o, por lo menos, hay que quedarse estrellado en el camino.

Pero, antes de lo que acaso no fuera más que suicidarse, quise probar fortuna aún. Y sin detenerme ni a lavarme ni a cambiarme la ropa empapada, fui a la Alta Comisaría y pasé mi tarjeta al general Burguete.

Me recibió y escuchó, conmovido, mi lamentable odisea, preguntándome al final qué era lo que deseaba.

—Nada, mi general. Ya sabe usted que yo no pido nada nunca. Deseo sólo que no se me trate peor que a los moros. Hace un par de meses que no se cañonea la playa de Alhucemas, ¡y se me cañonea a mí!... ¿Puede usted dar orden a la escuadra de que no tire esta noche?

—No sé si puedo ni si debo —me respondió—; pero sé que quiero. Ahora mismo hago poner el radio.

—Gracias, mi general. No le entretengo más. Adiós.

—Adiós y un abrazo, Oteyza. ¡Buena suerte!

Otra vez hemos embarcado, ya con Pepe Díaz unido a la expedición, y otra vez vamos con rumbo a esa bahía que llegamos a pensar, visto lo que la suerte se ha empeñado en apartarnos de ella, si será la sima que nos trague.

De noche aún, hemos doblado Cabo Quilates. Pasamos bajo los riscos avanzados. Un tiro. Otro.

—¡A la playa! —grito al *chauffeur*, que vacila.

Soy obedecido, y esto nos salva la vida. Al ver que vamos hacia ellos en vez de huirles, los moros dejan de tirar. Llegamos hasta donde el calado de la embarcación lo permite, a unos treinta metros de la arena. De pie en la proa, grito para dominar el ruido de las olas, que se deshacen en espumas:

—¡Un bote!

Un bote tripulado por ocho moros avanza hasta llegar a tomar nuestra borda.

—Quiero bajar a tierra.

—Pero sólo tú. No poder bajar más que tú.

—Bajaré yo solo.

Abandono a Díaz y Alfonso, prometiendo enviar por ellos en seguida. Y piso, al fin, la playa de Suani, hundiendo los tacones sobre su húmedo suelo como para clavarme en ella. ¡Ya llegué!



Entrada al campamento de los oficiales cautivos



Oficiales cautivos aguardando formados en línea

Dentro del campo enemigo

El grupo de moros que me rodea permanece silencioso. ¿Es su silencio expectante, u hostil?... En todo caso hay que romperlo.

—¿Está El Maal-lem? —pregunto.

Unos ojos se animan y una boca sonríe. Hacia mi mano se tiende una mano.

—¡Hola, hombre! ¿Ser tú el que esperar El Maal-lem?

Respondo afirmativamente. Y oigo la explicación que al punto se me da. Ya no me esperaban. Durante los tres días convenidos tuvieron orden los centinelas de no hacer fuego; pero como ya pasó el plazo... Por eso han disparado desde la atalaya.

El que me habla es el jefe del destacamento de guardias del mar. Avisará a El Maal-lem en seguida. Mientras éste viene he de quedar detenido, y los otros tripulantes de la motora, en ella sin moverse. ¡Está bien!

Desde la orilla grito a El Chiquito que eche el ancla, y a Díaz y Alfonso que se estén quietos. Luego me entrego a los guardias del mar, quienes me conducen a una tienda de campaña alzada tras del reducto donde se guarecen. Y espero, espero, espero...

Una hora larga dura esta espera, llena de ansiedad. El moro que me habló ha partido, y estoy solo entre los otros, que no me dirigen la palabra. Discuten, gritan... ¿Sobre qué y por qué? Al cabo, dejándome bajo la vigilancia de uno, salen los demás y se alinean a la puerta. Miro, y veo a El Maal-lem, sobre su caballo, revistándolos. ¡Gracias a Dios!

El Maal-lem entra en la tienda y me saluda efusivo. «Estar contento» de que haya venido; pero debí avisar, puesto que había transcurrido el plazo que convinimos. Han podido matarme.

Corto su peroración, rogándole que deje desembarcar a mis compañeros. Me figuro el rato que estarán pasando... Efectivamente: cuando se reunieron conmigo, Alfonsito no podía ni hablar, y Pepe Díaz me aseguró que si tarda cinco minutos más en verme, revienta.

Me explica El Maal-lem que lo que pido no puede hacerse. Abd-el-Krim sólo me espera a mí, y hay que consultarle si se admite a los que me acompañan. Insisto. ¡Que siquiera les dejen bajar a la playa! Tras grandes vacilaciones, y ante la consideración de que están mareados, se tolera esto. Y nos reunimos los tres expedicionarios, con la alegría de amigos que se ven después de una ausencia de diez años.

Todavía tiene El Maal-lem otra tolerancia en nuestro favor. El calor bajo la lona de la tienda es inaguantable, y la respuesta de Abd-el-Krim tardará un par de horas. Podemos ir a una casa próxima, cuyo propietario, Abd-Lus Osaba, nos ofrece su hospitalidad.

Con El Maal-lem al frente, y rodeados por los guardias del mar, marchamos. La casa de Abd-Lus es una gran alquería con honores de castillo, donde su dueño nos acoge cual si un propietario castellano fuese. En la galería interior, abierta sobre un patio, nos aposenta y hace que nos sirvan un almuerzo.

Éste consiste en manteca líquida, donde mojamos pan; huevos duros, que el mismo anfitrión monda y sala con los dedos, y una panocha de maíz, tostada al horno. Luego, té, rico té, con hierbabuena, que es lo único aceptable de la comida mora. Con tazas de té me he alimentado casi exclusivamente durante los cuatro días de mi permanencia en Beniurriaguel. ¡Así he tenido los nervios!

Charlamos, reímos... ¿Estamos entre amigos? Muy cariñosamente nos lo aseguran. Sin embargo, entran moros que nos miran de modo poco tranquilizador y que hablan en árabe exaltándose. ¡Y la respuesta de Abd-el-Krim, sin llegar!

La traen al fin. Podemos ir a Aydir, donde nos alojaremos en casa de El Maal-lem. Allí esperaremos órdenes. ¡Todavía esperar! Y ¿qué órdenes serán las que esperemos? Vamos, de todos modos.

Salimos y montamos a caballo. El Maal-lem también cabalga. Los guardias nos siguen a pie. Recorremos la playa, y, casi frente al Peñón, nos internamos luego, atravesando huertos y tierras labradas. El caserío de Aydir se ofrece a nuestros ojos sobre una loma.

Por el camino nos cruzamos con grupos de moros. Los chicos nos miran, las mujeres se ocultan, y los hombres hacen el saludo. Ninguna molestia y ningún tropiezo. Justo es consignarlo. Cada vez que saco la petaca y tomo un pitillo (cosa que ocurre de cinco en cinco minutos, dada la nerviosidad que me domina), el guardia que va a mi lado me ofrece su mechero. Al verme saltar el cauce de un arroyo, tiene un elogio para mis condiciones de jinete.

—Montar tu bien —me dice.

Seguimos caminando. Un moro traspone la tapia de un huerto, y se dirige a mí preguntándome la hora. Con cierto recelo saco el reloj de oro, de donde pende la medalla, también de oro, que me regalaron los redactores de *La Libertad* en conmemoración de la fundación del periódico. Lo mira, saluda y se va.

El guardia me explica:

—Es por ver si poder regar ya. Regar cada uno cuando tocarle.

Luego me pregunta:

—¿Costarte mucho tu reloj?

Contesto que no lo sé, que me lo regalaron. Y mi memoria acude a la noticia, que a raíz del desastre circuló, relatando cómo a los prisioneros que tènían dientes de oro les había destrozado la boca a pedradas para quitárselos. Si se contentan con quitarme el reloj, sin romperme nada, menos mal...

Un grupo de moras, que sacan agua de un pozo, hablan a mi paso. El guardia las increpa. Luego ríe y me traduce:

—Estar sinvergüenzas. Decir que ser tú guapo.

Sin más incidentes llegamos a casa de El Maal-lem. Nos introduce el dueño, y fuera quedan los guardias, vivaqueando junto a las chumberas que cercan el huerto. Pronto otros moros —un hijo de El Maal-lem, varios compañeros suyos, soldados de la harka de Gomara, y Mahomed Quijote, jefe de la artillería que guarnece la costa— se reúnen con nosotros. ¿Nos acompañan, o nos vigilan?... En un caso o en otro, no nos dejan solos un momento.

Y así trascurre toda la tarde. Las órdenes de Abd-el-Krim no llegan, y, sin ellas, no podemos hacer nada. Pedimos salir a dar un paseo, y se nos contesta que hace mucho calor. Vibro como una cuerda de violín... Díaz y Alfonso están asustados, no tanto por lo que ocurre como por la actitud en que me ven. Los moros me contemplan con asombro. En su calma inalterable no conciben lo que me ocurre.

Pepe Díaz, finalmente, cree que se necesitan algunas explicaciones, y les dice aludiéndome:

—No hacerle caso; estar tontón de la cabeza.

Para desahogarme salgo al huerto y la emprendo a fustazos con las chumberas. El resultado es que los pinchos saltan y me hieren en las manos y en la cara.

Al fin, un moro arrogante y bien vestido entra en el huerto. El Maal-lem corre a él y le saluda respetuoso. Después, volviéndose a mí, me lo presenta:

—*Pacaruito*. Ser *Pacaruito*.

¡El *Pajarito*! Gracias a Dios...

Mahomed Azarkan me saluda sonriente. Está contento de verme. Yo lo estoy más aún. Le explico el objeto de mi viaje y mis deseos de hablar con Abd-el-Krim y ver a los cautivos. Cree que conseguiré lo que quiero.

—Pero, ¿cuándo? —pregunto.

No sabe. Va a reunirse con Abd-el-Krim, y al siguiente día volverá a verme. Esto me lo promete de verdad.

Y he de contentarme con la firme promesa para consuelo de la noche. Con un apretón de manos y una sonrisa se despide *Paja-*

rito. Yo vuelvo a reunirme con los moros que me vigilan y, en tan molesta compañía, sigo aguardando.

Cenamos. Huevos revueltos con tomate, que es cosa difícil de asir a dedo; gallina guisada con patatas, que tampoco es fácil de tomar con tan primitivo servicio de mesa, y sandía, constituyen el *menú*. Yo esperé la llegada de la sandía creyendo que esto siquiera podría comerlo sin que se me levantara el estómago. Me equivoqué.

Los moros servían la sandía partida en rajas, dentro de un barreño, alrededor del cual se sientan. Muerden los pedazos sobre el recipiente y en él van escupiendo las pipas. ¡También la sandía estuvo a punto de hacerme vomitar!

Una taza de té, y a la cama. Lo de la cama es una figura poética, ¿eh?... Dormimos sobre una alfombra, en el santo suelo y en unión de El Maal-lem, su hijo, los compañeros de éste y Mahomed Quijote. Yo he tenido la precaución de tragarme un sello de sulfonal, y, gracias a ello, logro dormir. No así Alfonsito y Pepe Díaz.

A la mañana siguiente me cuentan la causa de su desvelo. ¡Una pequeñez! Díaz, que entiende el árabe mal que bien, pudo coger de la conversación sostenida por nuestros compañeros de lecho, el buen deseo de uno de los soldados de Gomara, cuya opinión era la de que se nos cortase la cabeza. Y, en voz baja y empleando el francés, se la comunicó a Alfonsito. Trataron de despertarme para que yo también estuviese en antecedentes; pero el narcótico que había tomado no lo permitió.

—Van a degollarle sin que se entere —musitaba Pepe Díaz.

Alfonsito tuvo una respuesta justa:

—¡Mejor para él!

Tranquilos después de todo, ya que no prevaleció el criterio de aquel salvaje, nos lavamos y hasta me afeité. El verme hacer la *toilette* fue un espectáculo para los moros. Mi estuche de aseo, con tantos frascos de cristal y tantas piezas metálicas, les asombraba. También les causó verdadero estupor ver que me daba polvos y me perfumaba con agua de Colonia.

—Parece mujera —dijo el hijo de El Maal-lem.

Pepe Díaz saltó entonces:

—¡Caray, termina ya! No los excites...

Reímos... Pronto vendría *Pajarito* y nos iríamos con él. Mis compañeros preparaban las máquinas. Iba a comenzar la información a fondo. Pero, sí, sí... Pasó toda al mañana y seguimos como el día anterior. Otra vez las impaciencias y los temores. Llegó el momento de almorzar, y me negué a hacerlo.

—¿Qué querer tú? —me preguntó nuestro aposentador.

—Lo que me habéis prometido. Ver a Abd-el-Krim y a los prisioneros.

El Maal-lem me recomienda calma. Ya llegará todo. Hay que esperar.

—Hacer mucho calor —me dice.

¡Para matarlo! Me voy al huerto y me tumbo bajo una higuera, a fumar desesperadamente... Un moro que entra, casi me pisa. Es *Pajarito*.

—Al fin...

—Vamos a mi casa —me dice—; te espera Mahomed Abd-el-Krim, el hermano de Sidi Mohamed, y otros también. Tomaremos té y hablaremos.

Vamos de una vez. A ver si acaban las dudas. Y, en efecto, las dudas terminaron. ¡Comenzó a lograrse el objeto de mi viaje!

El derrumbamiento

Medio tendido sobre blanda alcatifa y recostado en cómodos almohadones, tomo una taza del sabroso té con hierbabuena y fumo una pipa de aromático kif. Es la plácida hora en que refresca, y grato el lugar: una de las galerías de la casa de Mahomed Azarkan, abierta al verde de la vega y a los azules del mar y del cielo. Con el *Pajarito*, que en mi honor los ha convocado, me rodean Abd-el-Krim el joven; Mahomedi Ben Hah, su ayudante en el ministerio de Estado; El Maal-lem, jefe de los guardias del mar; Abd-el-Krim Ben Siam, segundo de Abd-Salam en el ministerio del Interior, y Mohamed Quijote, el comandante de artillería. Platicamos, o, como ellos dicen onomatopéyicamente, nos entregamos al *chau-chau*.

El momento y la ocasión son propicios para obtener informes. Ninguna pregunta ha de resultar indiscreta entre conversadores que apuran las horas del día. Y así me lanzo a interrogar, bien que sin sacar el lápiz ni abrir el *carnet*.

—¿Os causaría una gran sorpresa, al atacar Annual, no que la posición cayera, pues al atacarla es porque esperabais conseguirlo, pero sí que todas las demás posiciones se desplomasen también?

Tomo un sorbo de mi taza, doy una chupada a mi pipa, y espero.

Los moros se miran unos a otros. *Pajarito* sonríe. Al fin, Mahomed Abd-el-Krim toma la palabra:

—Pero, ¿cree usted eso? ¿Hay alguien en España que crea eso?

—¿El qué? —pregunto, haciéndome el ignorante.

—Que el levantamiento de las cabilas sometidas no estaba preparado —me contesta.

Hago un esfuerzo tal para contener mi emoción, que siento contraérseme los músculos al tirón de los nervios. Logro así que no me tiemble la voz, y puedo decir entonadamente:

—Estaba, pues, preparado el alzamiento.

—Desde abril —responde Mohamed—. Y crea usted que no nos costó gran trabajo hacerlo.

Cambia unas palabras en árabe con Mahomedi Ben Hah, quien, volviéndose a mí, dice:

—Poco trabajo. ¿Sabes tú? Nadie querer obedecer españoles. Estar quietos por fuerza. Yo, yo decirles que luchar, y todos, todos ponerse contentos. Yo ser el que ir.

—Pero —pregunto—, ¿y nuestra Policía indígena no se enteró?

—Enterarse, claro que enterarse. Y no decir nada. Policía decir lo que querer, sólo lo que querer. Y cobrar duros. Encima cobrar duros.

Ríe Ben Hah con risa de lobo, y ríen los demás. Luego me miran, como extrañados de que no me ría yo con cosa tan cómica.

Mahomed Abd-el-Krim, considerando lo que me pasa, me dice:

—Es triste, pero así es. Hágase usted cargo. Además, que odian la ocupación. No tiene usted idea de lo que les hacen sufrir, de lo que les vejan, de lo que les torturan.

—Pero serán excepciones...

—No, no; son todos. Y la mayor parte sin malicia. ¡Si es que no comprenden! Nuestra justicia es nuestra religión. Ya sabe usted que las leyes todas están contenidas en el Corán. Nuestros jueces son por eso sacerdotes juntamente. Y se pone a ejercer de juez un capitán de *mia*, que, por desconocer cuanto a nuestros usos se refiere, ignora hasta el idioma. Aun siendo bueno, y los ha habido muy malos, tiene que proceder mal.¡No comprenden! Pero, ¿cómo van a comprender ellos si ni los más encumbrados comprenden? Un detalle, señor: en Nador han hecho una iglesia, que no sé qué

falta haría, ya que el poblado no tiene cincuenta españoles y está a un cuarto de hora de Melilla, y en el altar mayor han colocado a Santiago matando moros.

—Comprendo lo de que no se lleve nuestra dominación con gusto —digo, sin saber lo que decir—; pero la deslealtad de los que se brindan a servirnos... ¡Que no hubiese uno que avisara de lo que se preparaba!

—¿Avisar?... Bastante se avisó.

Pajarito asiente, diciendo:

—Fui yo mismo. Yo mismo hablé a Silvestre.

Abro el *carnet*, empuño el lápiz y digo:

—Hágame usted el favor, Mahomed. ¿Quiere darme los verdaderos antecedentes de la cuestión?... Ustedes, su padre, su hermano, su tío, eran amigos de España. ¿Cómo y por qué dejaron de serlo? Esta enemistad es la que ha traído la resistencia de los beniurriagueles, y con ello todo lo demás. Cuénteme.

El joven Abd-el-Krim se concentra un momento, y luego habla pausado, pero sin interrupción. He aquí lo que dijo:

—Los beniurriagueles no se habían sometido jamás a ningún dominio extraño. ¡Ni el poder del sultán reconocían! Y mi familia, los Abd-el-Krimnes, descendientes de El Jatabi, un jalifa que gobernó en la tribu hace siglos, eran en la tribu la suprema autoridad. Mi padre, al morir el suyo, tomó el mando. Mi padre era un hombre ilustrado y progresivo, que comprendió la necesidad de civilizar el Rif. Para ello preparó a sus hijos. Yo, que era un niño, fui enviado a Málaga a un colegio, donde cursé el bachillerato y la carrera de maestro normal, siendo mandado a Madrid después a estudiar para ingeniero. Mi hermano, ya mayor, abogado y sacerdote árabe, marchó a Melilla. Mi padre, considerando que lo que se proponía había de conseguirlo con la ayuda de una nación europea, escogió España, la más próxima y la de carácter más parecido al nuestro. Quería una unión con ella y preparaba la aceptación del protectorado, de un protectorado de verdad.

»Este había de ser conservando a los moros sus usos, sus costumbres y sus leyes, y la ocupación militar, poniendo las fuerzas al servicio, a la orden de las autoridades indígenas. Esto esperaba mi padre; pero vio que era al contrario. Y vio que era, además, con arbitrariedades, con abusos, con atropellos. Protestó entonces ante los gobernantes de España y de Marruecos. La contestación fue decirle que se pusiera en manos de Jordana. Se negó y encarcelaron a Mohamed.

»Pacientemente esperó mi padre a que éste fuera libertado y pudiera retirarse de Melilla. En seguida aguardó el fin del curso para que llegase yo a Alhucemas sin obstáculos en el camino. Y teniéndonos ya seguros, rompió todo trato con España.

»Mi hermano tampoco quería ya nada más. Sin embargo yo... Al comenzar el nuevo curso, Ximénez, el director de la Residencia de Estudiantes, y Aguirre, el del ministerio de Estado, me escribieron diciéndome que volviese, a lo cual contesté con largas cartas explicando lo ocurrido, pidiéndoles que se interesasen por la situación de Marruecos, y advirtiéndoles que si España seguía sí habría una guerra, porque estaban muy excitados los ánimos; principalmente, en las cabilas sometidas. Acababa diciéndoles que se nombrase una persona civil inteligente que hiciera un viaje de inspección. No me contestaron. Y supe que se habían envido copias de mis cartas a los comandantes de Melilla y Tetuán, los cuales decían que había que escarmentarme por falta de respeto».

Ha callado un momento el joven Abd-el-Krim. Vacila... Al fin se decide a decirme:

—No voy a ocultarte nada. Mi padre quería atacaros, y cuando operasteis sobre Tafersit salió con una harka; pero regresó enfermo, y al poco tiempo murió.

—¿Entonces tomó el mando el hermano de usted? —pregunto.

—Sí; mi tio Abd-Salam, que es El Jatabi hoy, y yo, le apoyamos. Tuvo el mando supremo. Y decidió permanecer a la defensiva.

Claro que preparando fuerzas, uniendo a las cabilas, previniendo, esto es, un ataque.

—¿Y esperaban ustedes quietos?

—Quietos del todo. No hablamos siquiera a las cabilas sometidas.

—¿Hicieron ustedes gestiones para ello?

—Verá usted. Ocurrió la toma de Annual, ¿sabe cuándo? Entonces se avisó a Silvestre por mediación de Got y de Idris (ya ve usted que atestiguo con vivos) de que allí había de detenerse. Supimos que quería tomar Quilates, y éste —señala a *Pajarito*— fue a verle y le dijo que no moviera un soldado. Que hablaríamos, porque deseábamos de veras que no estallase la guerra. Pero que si antes movía un soldado, pasaría algo irremediable.

—¿Y fuiste tú —pregunto a *Pajarito*— a llevar ese recado?

—Sí, yo mismo.

—¿Y no te tiró Silvestre por la ventana?...

Pajarito dice riendo:

—Faltó poco.

Hace una pausa evocadora, y añade:

—Me dijo que España tenía poder para ir donde le diera la gana, sin mirar quién se ponía delante; que él estaba dispuesto a entrar en Beniurriaguel aunque se opusieran todos los Abd-el-Krimnes del mundo, y que prefería llegar por la fuerza mejor que templando gaitas.

—¿Y eso lo oyó alguien? —pregunto.

—Lo oyó el coronel Morales. Su señora puede atestiguar. Yo fui por la noche a casa del coronel, y éste me dijo que tenía razón, pero que Silvestre decía que todo era mentira y que no había harka de beniurriagueles. Me avisó también que me marchara. Era muy bueno. Sentí mucho que muriese. Y busqué el cadáver y se lo envié a su señora. ¿No lo sabías tú?

Vuelve a hablar Mahomed Abd-el-Krim:

—Vuestros soldados salieron de Annual y tomaron Abarán. Atacamos la posición apenas colocada, y la tomamos en el día. Los

moros que estaban con vosotros se limitaron a huir. La orden de atacaros no era hasta después de tomar Annual.

—Tiraron, sin embargo —rectifico—, contra los oficiales.

Mohamed Quijote interviene:

—No tirar. Estar yo allí y verlo. Unos defenderles. Sí, defenderles...

—Pero si tiraron —dice Abd-el-Krim—, aun más a favor de ustedes. ¡Así pudieron adivinar con ello lo que iba a ocurrir!

Luego añade:

—De todos modos, la enseñanza debió bastar. En horas, en pocas horas, les tomábamos una posición fortificada...

»Todavía —sigue diciendo— mi hermano intentó detener los acontecimientos. Por mediación del coronel Civantos mandó una carta a Silvestre. No tuvo contestación.

—¿Y qué decía esa carta?

—Lo mismo de siempre: que se detuvieran los soldados en Annual.

¿Contestó Silvestre? No lo he podido saber. Las respuestas que a esto me dan no son claras. Hablan dos o tres al mismo tiempo. De todos modos, lo cierto es que a los pocos días nuestros soldados tomaron Igueriben. En eso coinciden todos, que ahora hablan con pasión y atropellándose, contra su costumbre. Es que llegamos al momento culminante, y su recuerdo les excita.

—Mi hermano —dice al fin Abd-el-Krim, dominando la confusión—, pasó a Temsaman y estableció su cuartel en Amezauro. Allí estuvo reuniéndonos a todos, y desde allí envió emisarios a las cabilas sometidas, avisándolas de que se acercaba tal vez el instante. Se preparó todo en un par de semanas.

—¿Lo que se preparó fue el ataque a Igueriben?...

—Sí, el ataque a Igueriben. Lo de atacar a Annual se decidió luego. Al ver lo quebrantadas que quedaron vuestra fuerzas, y, sobre todo, al enterarnos de que Silvestre estaba allí, decidimos cogerle.

Calla un instante.

—Sigue —le insto.

—Mi hermano dirigió el ataque, que duró cinco días. Cortamos el camino entre Annual y Sunma. En seguida vino el intento de auxilio, y al rechazar este, la evacuación.

De nuevo hallo confusas las notas de mi *carnet*. ¡Tan alterado tenía el pulso al escribir, que ha resultado la letra ilegible! Y no me duele lo que ocurre... Prometí decirlo todo, todo; pero aunque no soy patriota al uso de los que disfrazan la verdad en los partes oficiales, creo que ciertas cosas es preferible callarlas a tenerlas que decir.

Paso, pues, por alto lo que unos y otros, con la cruel alegría del triunfo, me contaron del final de Igueriben y también del ataque y toma de Annual. Sólo diré que esta posición fue tomada, y reanudaré mi relato empalmándolo con la declaración del hermano de Abd-el-Krim.

—El decidirse a proceder sobre Annual, ¿se debió principalmente al deseo de coger a Silvestre? —inquiero.

—¡Oh, claro! —me contesta Mahomed.

—Según eso, ¿se le odiaba mucho?

Es *Pajarito* quien responde:

—No se le odiaba a él sólo. La culpa no la tenía toda él. Era su rivalidad con Berenguer la que le había vuelto loco. Ya lo sabíamos. Y también que le empujaban desde Madrid.

Mahomed Abd-el-Krim interrumpe:

—El querer cogerle era sólo para privar de él a sus tropas.

—Murió, ¿verdad? —pregunto.

—¡Claro!

—¿Y cómo fue?

El Maal-lem hace el relato:

—Al salir de Annual todos corrían. Él quedar solo con otros dos. Hadul Amar también abandonarles. Y quedar solos los tres. Subían la cuesta. ¿Sabes tú qué cuesta? Ya contarte yo luego. Un moro de Beni-Ulichek dispararle desde chumberas, y herirle. Silvestre sacar

revólver y buscar moro. Caer antes. Ponerse entonces así, y darse un tiro bajo cabeza. Darlo él mismo. Los otros morir también.

—¿Qué otros?

—Los que ir con él, hombre.

—Pero ¿quiénes eran?

—No saber, hombre.

Las cabilas se alzaron todas, como estaba convenido, al enterarse de la toma de Annual. Esto no sorprendió a los beniurriagueles Pero sí les sorprendió la rapidez con que cayeron nuestras posiciones. Tanto no esperaban. No podían esperar que su victoria fuese tan pronta y tan absoluta.

De lo que ocurrió da idea la cuesta, la cuesta que me preguntaba El Maal-lem «si yo saber». Es un repecho largo y empinado que hay en el camino alto tras de Annual. Quedó cubierto de cadáveres, de cientos, de miles de cadáveres «que no estar heridos».

Cuando, por la noche, me lo contaba El Maal-lem no lograba yo entenderlo.

—¿Que no estar heridos?... ¿Que no los mutilaron ni los despedazaron luego?...

—No; que no tener ninguna herida antes. ¡Que morir solos!

—No lo entiendo, Maal-lem. ¿Cómo iban a morirse solos?... Se matarían ellos...

—No, no, hombre. No matarse ellos; no matarlos moros... Morir solos.

—Explícame cómo.

—Muy sencillo, hombre. Estar cuesta grande. Correr por ella mucho. Tener calor, tener cansancio y caerse. Muertos solos. ¿No comprender?

Sí, sí que comprendo. Y comprendéis también vosotros, lectores, ¿verdad? Comprendéis eso y comprendéis lo demás. ¡Así ocurrió el derrumbamiento!

Como los soldados de la cuesta trágica cayó todo: posiciones, campamentos, poblados...

¿Y Melilla? ¿Cómo no entraron los moros en Melilla? Esta pregunta, que desde el pasado año vengo haciéndome *in mente*, sin dar con la respuesta, acude una vez más a mi imaginación. Y mis labios formulan.

Al oírme discuten todos en árabe. Me parece que instan al joven Abd-el-Krim. Éste hace signos de negación. Su pariente Abd-el-Krim Ben Siam se dirige a mí:

—Decirle que contarte.

Interrogo a Mahomed:

—¿Qué pasó?

—Ya vio usted que no pasó nada —me responde—; que no se asaltó Melilla, aunque estuvo indefensa durante casi tres días.

—¿Y esto lo sabían ustedes?

Sonríen todos. Ben Siam insiste:

—Espera, que contarte.

Habla, al fin, Mahomed:

—Tan lo sabíamos, que tuvimos que trabajar mucho. Ben Siam, sobre todo. Nosotros no queríamos pasar de la línea del Kert, y establecer allí la frontera; pero al ver que las cabilas sometidas se excedían en acometividad y en furia, temimos que asaltasen Melilla. Hubiera sido horrible. La Humanidad entera se hubiese horrorizado ante un saqueo así, con los incendios, las violaciones y los asesinatos consiguientes. Mi hermano lo comprendió, y envió a éste con tres caides y seiscientos hombres para evitarlo. En el Gurugú estuvieron una semana protegiendo Melilla, hasta que estableció Berenguer la línea defensiva.

Calla Abd-el-Krim. Yo también callo. ¿Dicen verdad?... ¿Es «fantasía», según ellos califican?... Me notan en el rostro la duda.

—No cuente usted eso si no quiere —me dice—. Yo lo he relatado porque estos me lo han pedido, y por contestar a la pregunta de usted. Además —añade—, no tiene ningún mérito. Aspirábamos ya, como aspiramos ahora, a que se nos considere un pueblo digno y no una tribu de salvajes. Por eso quisimos evitar ese acto, que se consideraría feroz en todo el mundo.



Los prisioneros rompen filas y acuden hacia Oteyza



Oteyza ante un grupo de oficiales prisioneros. En primer término, de espalda, Pajarito

Aprovecho la coyuntura que tan abiertamente se me brinda para ir a fondo en el asunto más delicado:

—Ha habido, sin embargo, actos de verdadera ferocidad —digo—; ¿no me lo negará usted?

—¿Y en qué guerra no los hubo? —me replica—. Las naciones más cultas de la culta Europa han luchado recientemente, y ya se vio —añade.

—De todos modos… —empiezo a decir.

—De todos modos —me interrumpe—, considere usted, consideren ustedes los españoles, dónde han sucedido las cosas reprobables. Los biniurriagueles no hemos intervenido en ellas. Hemos matado luchando cara a cara, y nada más. Nuestros prisioneros los guardamos, y hasta arrebatamos prisioneros a otras cabilas para salvarlos la vida.

—Sí —insisto—; pero otras cabilas…

—Esas otras cabilas son las que habían civilizado ustedes. Y hasta podríamos disculparlas diciendo que ejercían represalias.

—No hablemos de eso.

—Como usted quiera…

Se ha roto la conversación. Empezó siendo una plática amistosa, y había llegado a adquirir tonos de polémica. Era, además, una charla general, y se trocó en un diálogo. Termine, pues.

Yo estoy callado, y los otros me imitan.

Rompe, al fin, Mahomed el silencio, diciendo con exquisita cortesía:

—No hay que disgustarse pensando en lo pasado. Lo pasado pasó. Y el provenir, que ha de llegar, puede ser más dichoso. Sobre esto hablaremos mañana mientras almorzamos, porque almorzaremos juntos.

En el atardecer muere el sol, tiñendo unas nubes de tonos sangrientos. ¿Será la aurora futura de oro, en vez de sangre?…

Los oficiales cautivos

Con los guardias del mar, que El Maal-lem, su jefe, me ha cedido para escolta de honor, nos acompañan el comandante de la artillería mora, Mahomed Quijote, y *Pajarito*. Vamos todos a pie, y hace hora y media que caminamos, trepando por los riscos que se elevan sobre la playa de la bahía. Es mediodía, y abrasa el sol con mordeduras atenazadoras.

¿Dónde nos encaminamos? No lo sabemos. *Pajarito* y el artillero vinieron a buscarnos, y nuestro hospedador nos dijo, sencillamente, que nos fuésemos con ellos.

Al almuerzo ofrecido por Abd-el-Krim el joven no vamos, porque, sobre ser temprano para almorzar, hemos dejado atrás la casa donde había de celebrarse. Marchamos, pues, sin que sobre nuestra marcha se nos dé ninguna explicación.

Los moros son así, y así hay que tomarlos o dejarlos, cosa esta última para nosotros imposible. Paciencia, pues, y caminar, caminar sin tregua bajo el fuego vivo del cielo y sobre las piedras cortantes de la montaña.

Y ni siquiera tenemos el consuelo de volver, de vez en cuando, la vista para contemplar el esplendoroso panorama. Hemos comenzado a descender del monte, y su cúspide nos oculta lo que dejamos a la espalda. Al frente, peñascales sombríos encubren hasta la senda por donde vamos, que entre ellos se pierde.

A derecha e izquierda, flanqueándonos convenientemente, va la escolta en silencio. Mahomed Quijote marcha delante solo y estirado, como el hidalgo cuyo nombre lleva. Acorto el paso y me uno a *Pajarito*, que forma la retaguardia de nuestra columna.

—Dame el brazo —le pido—. ¡No puedo más!

Y la conversación empieza con las disculpas que el me ofrece por no haberme puesto el caballo:

—Por aquí no se puede caminar a caballo sin peligro, y sería lástima que te pasara algo ahora que has conseguido lo que más quieres.

Le miro interrogador, y él se echa a reír. ¡No se ha engañado! Adivinó que quería hablarle...

—Tienes suerte —dice sin dejar de reír—, mucha suerte. Verás a los prisioneros y hablarás a solas con tu pariente. ¡Te conceden todo lo que pidas! Yo no lo creí; de veras que no lo creí.

¡Qué cuajo de hombre! ¡Pensar que en todo el tiempo que llevábamos de caminata no ha sido para decirme lo que tanto me interesa! Y es, salvo el joven Abd-el-Krim, el menos moro de los moros.

Me adelanto para comunicar la fausta noticia a mis compañeros, dándoles así fuerzas nuevas que les aligeren las máquinas y los almacenes de placas, bajo cuyo peso se doblan los infelices. Alfonsito sonríe, y dice sólo:

—Muy bien, muy bien.

Pepe Díaz prorrumpe en dicterios contra la cachaza musulmana:

—¡Maldita sea la estampa de estos tíos! ¡Ya podían haberlo dicho! Íbamos creyendo que nos llevaban a hacer algo malo... Así revienten, para que vean que lo de las huríes del Paraíso es una filfa.

Reímos Alfonsito y yo. Ríe, al cabo, él también. Estamos contentos, tan contentos, que sentimos menos la fatiga y el calor. Además, pronto dejamos de sentir por completo la doble tortura. Hemos llegado a la sombra de unos paredones, y nos han dicho que descansemos al fresco un poco. «Muy bien, muy bien», como dice el chico de Alfonso con la muletilla aprendida de su padre.

Ha llegado un moro, que habla con *Pajarito.*

—¡Vamos! —dice éste.

Nos alzamos frescos, descansados, y avanzamos alegremente. Pero al dar la vuelta al paredón nos detenemos en seco, petrificados.

Alineados, en posición de firmes, hay una fila de hombres que visten el uniforme del Ejército español. ¿Un pelotón de quintos que se instruyen? Eso parecen. Son, sin embargo, jefes y oficiales todos, según muestran las insignias de sus bocamangas. Y están así, por orden de sus carceleros, ¡para que los revistemos nosotros!

Arranco, mejor que quito, el sombrero de mi cabeza, y avanzando hacia ellos, grito para que me oigan todos:

—¡Honor al valor desgraciado!

En seguida tiendo la mano al que está frente a mí, y sigo la fila estrechando una a una las de los demás. No sé lo que les voy diciendo: «Ánimo... Valor... Paciencia...» Al fin la cara de uno de ellos, lívida como la de la Muerte e iluminada por ojos en los que brilla la fiebre, me hace pararme.

—¿Está usted enfermo? —le pregunto.

—¿Enfermo? No, señor —me contesta, sonriendo como sonreirán los condenados del Infierno si les es permitida la sonrisa—. Estoy muy bien, y muy contento de encontrarme como me encuentro en este instante.

Yo prometí, cuando solicité el permiso para ver a los cautivos, que no protestaría ante ellos por nada. Olvido, sin embargo, la promesa; olvido mi situación, lo olvido todo, y volviéndome a *Pajarito,* sollozo y rujo:

—Esto no puede ser. Es demasiado. No, no y no.

Pajarito comprende y da la voz de mando:

—¡Rompan filas!

Corren todos hacia nosotros y nos envuelven. Es un momento de confusión extrema. Todos hablan a la vez. Unas bocas ríen y algunos ojos se empañan... Los soldados, que formaban otra fila, situado cada uno tras el oficial a quien sirve de ordenanza, menos

fuertes que sus jefes, lloran sin recato. Corro entonces a ellos para ofrecerles mi mano también. Igual que el dolor, la alegría es menos contenida entre ellos. Hay gritos de júbilo.

Comprended, lectores. Al cabo de un año de no haber visto más que a sus guardianes, encontrarse con compatriotas libres. ¿Es que se anuncia la liberación?... Seguramente esa esperanza ha brillado para todos. Un soldadito sólo la expresa:

—¿Viene ustedes para arreglar esto?

¿Qué responder? Digo quién soy y quiénes son los que me acompañan. Informadores sólo. Nuestra misión no es sino la de ver cómo están para comunicárselo a los que por ellos suspiran en España. Claro que ya que hemos abierto el camino nosotros, se decidirán a venir los que algo más han de intentar...

En esto un capitán de Artillería se acerca y me dice:

—Yo soy Alfredo Correa. ¿No es usted pariente de mi María Teresa?...

El interés general me ha hecho que olvide un interés particular, con ser tan sagrado. Tengo permiso para hablar a solas con este cautivo, que está casado con una prima mía. Es los único que he pedido para mí como pago de mis riesgos y fatigas: ¡Llevar un consuelo a esa pobre niña que ha jugado con mis hermanas y a la que, en su dolor, considero una hermana más! Y lo olvidaba en mi emoción...

—Venga usted... Ven tú... —le digo abrazándole—. Puedo llevármelo, ¿verdad, *Pajarito*?

Pajarito asiente, al tiempo que hace una seña para que dos de los guardias nos sigan. Y vamos el capitán Correa y yo hacia el fondo del campamento con la pareja de vigilantes moros, que no nos pierden de vista, pero que se mantienen lo bastante alejados para no oír la conversación.

—¿Me traes una carta? —pregunta trémulo.

La traigo. Me la dio el día que salí de Melilla su padre, el general Correa. Pero he prometido, bajo mi palabra de honor, no dar nada a ningún prisionero. ¡Claro que no pienso en cumplirla! Apúntenselo

los caballeros que, cuando un cobarde ha querido rehuir el encontrarme con las armas en la mano, se metieron a investigar si podría o no admitirme el rey Arturo en su Tabla Redonda: he faltado a mi palabra de honor. Y consideren los hombres de corazón que lo he hecho por un padre que me lo pidió con la palidez del sepulcro en el rostro y para alivio de una esposa que lleva un año deshaciéndose en lágrimas.

Busco precipitadamente en mis bolsillos, sin encontrarla. Saco varios papeles. ¡No es esto! ¿Dónde la metí?

—¡Por Dios, que van a verte!

—No. Ven.

Ya tengo la carta hecha un rebujo en la mano. Me abrazo a Correa y se la introduzco en la guerrera por el pecho. Vuelvo la vista a los guardianes, que siguen indiferentes. ¡Nos salvamos!

¡Y qué premio ha tenido mi hazaña! El general Correa, abrazándome, me ha dicho que soy el hombre mejor y más valiente de cuantos conoció. María Teresa ha fijado en mí una mirada inefable de gratitud, abrillantada por el llanto. Pagado, y con creces.

Tras hablar unos momentos con mi pariente, vuelvo a reunirme con los demás cautivos, que acosan a mis compañeros, pretendiendo darles cartas. *Pajarito* me advierte recordándome la orden terminante que nos ha prohibido eso. Y paso por la amargura de intervenir oponiéndome a tan natural deseo. Más aún... A Alfonsito le han metido en los bolsillos varias cartas, y el pobre muchacho no ha sabido negarse. Y yo soy el que ha de recogerle estas cartas y devolverlas.

Prometo, sin embargo, solicitar de Abd-el-Krim el permiso para recoger correspondencia. Lo hice y se me dijo que la recibiría en el barco al marchar. Luego no llegó, como no llegó tampoco la lista de los prisioneros existentes en al actualidad, que también se me prometió darme cuando ya estuviese a bordo.

Puedo, de todos modos, decir, para tranquilidad de las familias de los prisioneros, que desde el convoy que recogimos el 25 del pasado

mes no ha habido ninguna baja. Aquellos que vivían entonces, viven, pues, aún.

Respecto de la situación de los oficiales cautivos, sé que no es mala, que no es tan mala ya. Reciben las provisiones y las ropas que se les envían. Pasaron días terribles durante los tres meses en que la ruptura de las relaciones entre la plaza y el campo de Alhucemas impidió los convoyes. Entonces sufrieron hasta el punto de morir algunos de hambre y de frío. Otros enloquecieron al verse privados de noticias. Ya no ocurre nada de eso.

Los moros los vigilan mucho, dispuestos a castigar con la muerte el intento de evasión, y los someten a un régimen de obediencia absoluta, cuyas transgresiones castigan implacablemente. En ocasiones les han obligado a trabajar haciendo caminos y otras obras, como actualmente al capitán de Ingenieros Aguirre, quien dirige la construcción de una casa para Abd-el-Krim.



El capitán Correa, sentado a la puerta de la tienda en que se aloja, habla con Oteyza, bajo la vigilancia de usrs guardianes

Viven en un gran recinto cercado que contiene tiendas de campaña y chabolas, donde se albergan en grupos de cuatro o cinco. Y tienen cada uno, para servirles, un soldado, en clase de ordenanza o asistente. Con estos soldados hablé, y se muestran satisfechos del proceder que con ellos guardan sus jefes. Estos soldados están más libres que los oficiales, pues pueden salir del recinto para ir a comprar a los poblados próximos.

Los oficiales salen a paseo una o dos veces al día; pero formados en columna y a las órdenes de sus guardias.

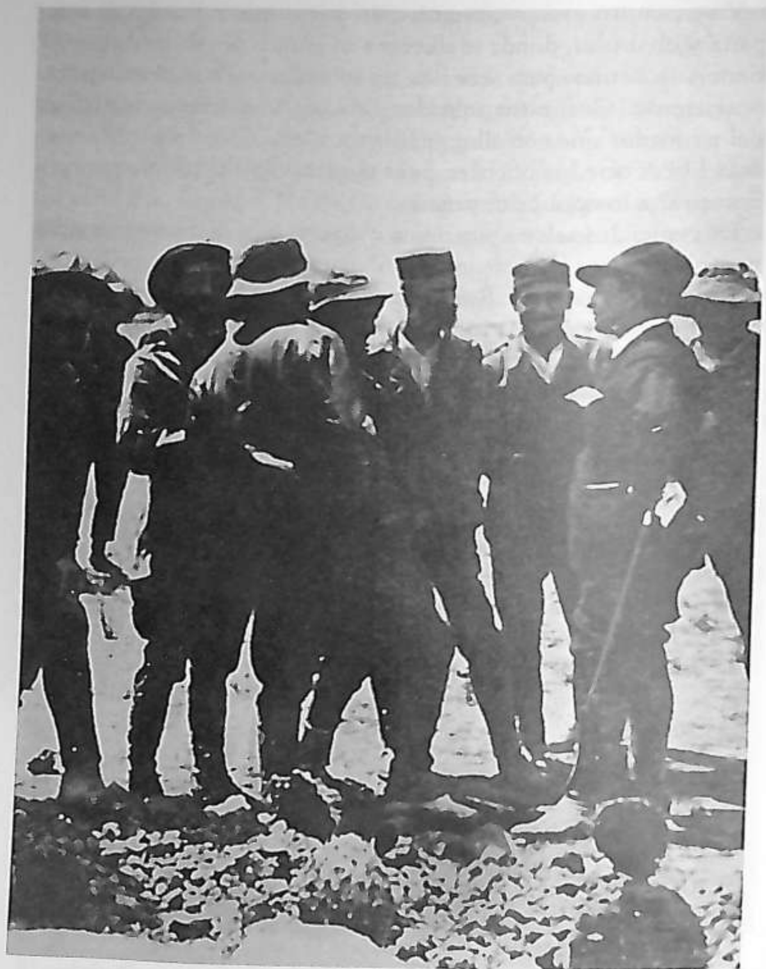
Así los vimos partir. *Pajarito*, a quien ya he calificado del «menos moro de los moros», comprendió lo que sería para los cautivos el vernos alejarnos, y dispuso que fuesen ellos los que partieran. Formados de cuatro en fondo salieron, perdiéndose tras de un altozano. Los despedimos agitando los pañuelos, que después nos sirvieron...

—No llores —dijo Díaz a Alfonsito—; ¡que no te vean los moros llorar!

Y cuando, al oírlo, volví la vista, vi que lloraba él también.

En cuanto a mí, no me llevé el pañuelo a los ojos porque me hubiera manchado la cara. Estaba empapado en la sangre que manaba de mis labios y de mis puños, mordidos con furia... Pero, ¡si no necesitaba enjugarme el llanto! Le sentía evaporarse en la fiebre de mi mirada, abrasándome los párpados.

¡Cuánto dolor! ¡Cuánta vergüenza!



Un grupo de prisioneros conversando con Oteyza

Navarro, Araujo y los Aviadores

Con ser tan triste, o más aún, la visita que hicimos luego, no fue tan emocionante como la anterior. Careció de efusión. El general Navarro, que llevaba en el uniforme bordada la insignia de cruzado de Calatrava, nos recibió con la misma solemnidad del que asiste a una capítulo de la aristocrática Orden. Poniéndose con él a tono, los que le acompañan en su prisión se mantuvieron igualmente dignos.

Son éstos el coronel del regimiento de Melilla D. Silverio Araujo, los aviadores capitán García de la Peña y teniente Florencio, el teniente de la Policía indígena D. Esteban Gilaberte, y el soldado de la compañía de mar Antonio Delgado.

En este último vimos deseos de reír y de llorar, contenidos sólo por la presencia de sus superiores, y el apretón de su mano fue bien significativo. También el teniente Florencio, un muchacho muy joven, nos miraba con fuego en los ojos. Los demás, ya queda expresada su actitud.

Habitan todos una dependencia de la casa de Abd-el-Krim, formada por un patio al que da un sotechado largo y estrecho, tras el cual están las habitaciones donde duermen. Tienen mesa y sillas en la galería, y me pareció ver camas en las alcobas. Gozan, indiscutiblemente, de mejor trato que los otros cautivos, aunque también están sujetos a una vigilancia mucho más estrecha. Ya puede suponerse la forma en que guarda su casa el caudillo del Rif, y ha

de considerarse que para custodiar esta parte del edificio hay un pelotón especial de guerreros.

Entramos en el patio con parte de esta tropa y el jefe de la guardia de Abd-el-Krim, Amogar Ben Haddu. La puerta quedó ocupada por el resto del referido pelotón, que mantenía los fusiles montados y con el disparador prevenido. Amogar, a mi lado constantemente, acariciaba la culata de una pistola máuser que llevaba colgada en bandolera por encima de la chilaba.

El general Navarro salió a mi encuentro, tendiéndome la mano cortés. Al principio no le conocí. Según las fotografías que de él había visto, esperaba hallar un hombre grueso, y aquel era un hombre delgado, más delgado que yo. Su uniforme, al que la insignia de los caballeros calatravos atrajo mi mirada, me reveló quién era.

—General... —comencé.

—Buenos días —me dijo brusco.

Luego preguntó dirigiéndose a los tres:

—¿Quiénes son ustedes? Porque sólo sabemos que andan por aquí hace unos días unos españoles que se llaman Alfonso, Luis y Pepe.

—Soy Luis de Oteyza, general, el director de *La Libertad* —digo.

Y presentando a mis compañeros, añado:

—José María Díaz y Alfonso Sánchez, fotógrafos, que me han hecho el favor de acompañarme, sin reparar en fatigas ni en riesgos.

—Ya lo oyen ustedes —dice, dirigiéndose a los demás—. Ya sabemos de qué se trata.

Se acercan y nos son presentados.

—El coronel Araujo... El capitán Peña... El teniente Florencio... El teniente Gilaberte...

Nos estrechamos las manos.

—¿Y este soldado? —pregunto.

—Mi asistente... Ven aquí tú también, muchacho... Pero siéntense ustedes.

Tomamos asiento. Silencio un instante. Estamos como desconocidos que el azar reunió y que no saben de qué hablarse.

—Burguete, general —digo tratando de establecer la necesaria intimidad—, me encargó que diese a usted un abrazo fuerte.

—Muchas gracias... Dígale que estoy entero, dueño de mí... Que tengo fortaleza... Nada más; no hay que decir más.

Propongo hacer las fotografías de rigor, y comienzo llevándome a los aviadores, quemados vivos según exactas noticias oficiosas que se comunicaron a los periódicos, para que se vea lo bien informados que nuestros elementos directores están de cuanto en el Rif ocurre.

Luego me retrato con el general, quien en una de las *posses* me tiende la mano.

Después siguen Alfonsito y Díaz haciendo nuevos grupos. Pero no se habla; es decir, se habla de lo que en un estudio fotográfico se hablaría: «¿Estoy bien así?» «Como usted quiera». «Aquí, si me hace usted el favor».

En mi cerebro se agolpan los recuerdos. La desbandada del Ejército, roto en Annual. Monte Arruit, con sus diecinueve días de asedio. Dar Quebdani, rendida sin lucha. ¡Tantas cosas, tantas y tan terribles cosas!... Me abrasa una fiebre que, sin embargo, no comunica a nadie su ardor.

El general Navarro está, según me ha encargado que comunique, dueño de sí. ¡Demasiado dueño de sí!

Tan dueño de sí, que al entregarme el autógrafo que le he pedido escriba en mi *carnet* para recuerdo de mi visita, me dice:

—No he puesto en el saludo su nombre ni el del periódico, para no herir susceptibilidades.

Confieso que el golpe me dejó aturdido. Hasta retrocedo un par de pasos, como para equilibrarme y no caer. Pepe Díaz, a cuyo lado he de ir a parar, me dice en rápido aparte:

—Debe de ser un lector de *ABC*.

—Pues si espera que venga a verle don Torcuato, tiene para una temporada —contesto.

Sólo se altera la tranquilidad del general cuando le digo que su hija Clotilde ha solicitado permiso de Abd-el-Krim para venir en uno de los convoyes próximos.

—¿Es eso verdad? —pregunta.

—Sí, general —respondo—; delante de mí habló de ello Lasquetty con El Maal-lem.

—¡Eso es ridículo! ¡Ridículo! ¡Ridículo, y nada más que ridículo! —grita.

Está violento, furioso. Tratan de calmarle diciéndole que es un propósito sublime. Pero se exalta más y más.

—Me va usted a hacer un favor —me dice al fin—. Pero va usted a hacérmelo, ¿eh?

Asiento con el gesto.

—Irá usted a mi casa y dirá usted a mi hija que, como padre, con toda la autoridad de padre, se lo prohíbo.

—Lo prometo, general.

—Que no venga nadie. Ni hija, ni hijos, ni nadie. ¡Nadie!

Y entre dientes murmura:

—Bastante hago estando como estoy... No faltaba más... Que me dejen tranquilo.

La situación, forzada desde el primer instante, se ha hecho insostenible. Nos alzamos para despedirnos.

Entonces el aviador Peña nos dice:

—Digan ustedes al coronel Soriano y a mis compañeros que el depósito se atrancó. Puse el de recambio, y el motor tomó bien la gasolina; pero volvió a atrancarse. Planeamos lo que se pudo. Digan que no quemamos el aparato, porque no llevábamos cerillas; pero que rompimos los mandos. Después se echaron los moros encima y nos cogieron.

Al ver que los aviadores explican espontáneamente el cómo y el porqué de su cautiverio, más con el gesto que con la palabra invito a Navarro y Araujo a hablar:

—Si ustedes quieren también...

—No —dice Navarro—; no hay nada que decir.

Araujo asiente.

Traspasamos la puerta. Terminó la entrevista.

No lamento que no hayan hablado. ¿Qué hubieran podido decirme? Y lo habrían oído los moros, tan enterados... Más vale.

AUTÓGRAFO DEL GENERAL NAVARRO

Bien venidos los que
llegan en nombre de
la Patria y los prisio-
neros españoles
que estrecho

Felipe Navarro

El Rif, la paz y el rescate

La caminata nos ha abierto el apetito, y así, pese a las emociones sufridas, hemos comido bien. Ello, además, resulta natural, porque —salvo los ligeros inconvenientes de tener que tomar los manjares, caldosos en su mayoría, con los dedos; de no beber vino y, en cambio, beber el agua en un jarro al que aplican los labios todos, y de haber permanecido sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, durante dos horas— el almuerzo que en nuestro obsequio dispuso Mahomed Abd-el-Krim ha tenido honores de banquete oficial. Hasta el café, el riquísimo café moro, más aromático que otro ninguno y espeso como chocolate, nos ha sido servido por un negro, con arreglo a la moda de los *Palaces* ultra chic. ¿Estamos en la capital de una nación civilizada? De ello trata de convencernos nuestro anfitrión.

—El Rif ha sido constituido en República —me explica—, de la que mi hermano ocupa la presidencia por voto unánime de los jefes de las treinta y una cabilas que la integran.

—¿Y cuáles son sus atribuciones? —pregunto.

—Hasta ahora —me responde Mahomed—, un poder absoluto y exclusivo.

Viendo que sonrío, ataja mi pensamiento irónico sobre lo republicano del sistema diciendo:

—Al principio no podía ser de otra forma. ¡Compréndalo usted! En un levantamiento militar, sólo la dictadura guerrera del caudi-

llo puede asumir los poderes. Por ello mi hermano es, además , su propio ministro de la Guerra.

—Hay un Consejo de ministros, pues.

—Sí —responde vacilando—; aunque, verá usted, ninguno tenemos ministerio concreto.

—Ha dicho usted tenemos... ¿Es usted ministro?

El joven Mahomed, con la petulancia de sus veinticinco años, se engríe un poco.

—Lo soy, claro.

Pero en seguida añade con simpática llaneza:

—Voy a explicarle a usted.

Estamos paseando por el huerto. Marchamos hacia una frondosa higuera, y a su pie, en el montículo que eleva la prominencia de sus raíces, nos sentamos. Abro el *carnet* y empuño el lápiz.

El joven ministro habla:

—Hasta el presente, los ministros constituimos una *jonta* que, bajo la presidencia de mi hermano, se reúne y acuerda lo que se ha de hacer. Generalmente, mi hermano designa al que le place para que realice cada gestión. Uno cualquiera, el que mejor puede llevar a cabo el asunto. Y sin especialización determinada.

—No entiendo eso —interrumpo.

—Pues es bien sencillo. Vea usted... Nos aprovecha a todos para todo. Yo, por ejemplo, que poseo varios idiomas y tengo relaciones en diversos países, suelo llevar los asuntos de los que ustedes llaman ministerio de Estado; pero si hace falta organizar una tribu y está ocupado mi tío Abd Salam, que es quien suele encargarse de los asuntos del Interior, voy y la organizo.

—También en Guerra actúa usted —indico—, pues usted nos dio el golpe de Magán.

—En Guerra actuamos todos. Y como soldados rasos. Yo llevo siempre mi fusil, y todos igual. Nos batimos para dar el ejemplo. En el asalto al Peñón de Gomara, crucé la Isleta y entré en el cuartel. Matamos gente; pero nos mataron también mucha. Yo tuve

suerte en no ser de éstos, pues hasta bayonetazos hube de parar.

Calla un momento, recordando el apretado trance.

—Pero no voy a contarle mis hazañas bélicas —dice al fin—. Pregunte usted sobre cosas más interesantes.

—¿Quiénes forman con usted y con su tío el Ministerio?

—Mohamedi Chenus, que es el encargado de la Justicia. Y otros más... Azarkan y El Maal-lem, también. Y otros, ¿sabe usted?...

No sé, pero adivino. Se recatan los nombres de los que acaso no tienen nombramiento más que provisionalmente. Además, tal vez en la *jonta* figure alguno de los que pasan por sometidos a España. Respetemos la incógnita.

—¿Qué otras autoridades hay? —pregunto.

—Las de los jefes de las cabilas. Algo así como gobernadores. Estos dependen del poder director. Luego hay dos cadís, jueces y caides, capitanes, dependientes de los jefes. De los primeros tiene cada cabila los que necesita, uno generalmente por poblado importante, y de los segundos hay uno al mando de cada doscientos guerreros.

—¿Nada más?

—Nada más —responde, y en seguida pregunta—: ¿Hace falta más?

Yo hago un signo negativo.

—Pronto —sigue diciendo Mahomed— habrá Cámara de Diputados, escogidos por cada cabila y en número proporcionado al de habitantes.

—¿Hasta eso?

—Hasta eso, y más. Ya lo verá usted.

Juzgo llegado el momento de discutir en serio. Y acercándome a mi interlocutor, le hablo al alma, más aún, le hablo a la inteligencia.

—Formalmente, Mohamed, dígame si cree usted, usted que conoce las naciones constituidas, en la posibilidad de que el Rif llegue a serlo. Una nación verdadera, ¿eh? Una nación donde estén garantizadas la hacienda y la vida, no sólo de los propios, sino también de los extraños.

—Y hasta de los enemigos —responde—. Y eso —añade— no es que pueda llegar a ocurrir; es que ocurre ya. Usted tiene la prueba.

»Sí —insiste— usted la tiene. Lleva usted tres días en Aydir paseando libremente por todas partes, con sus ropas y sus maneras, que revelan su condición de español... ¡Y no le ha seguido un chiquillo, no le ha gritado una mujer, no ha dejado de saludarle un hombre!

Tengo que callar. Él habla aún:

—Formalmente también, señor Oteyza, dígame usted si cree que ocurrirá eso en Madrid con un beniurriaguel.

No he levantado siquiera la vista para que no vean en mis ojos la contestación, que de ningún modo quiero dar. Dibujo en mi *carnet*. Mahomed se inclina sobre mi hombro y ve que estoy pintando una paloma con un ramo de oliva en el pico. Me habla en tono afectuoso:

—La paz y la amistad... Con ellas alcanzaría España todos los beneficios que en el Rif pueden lograrse. Los alcanzaría sin pérdida alguna...

—¿En qué condiciones? —pregunto.

—La independencia absoluta desde el Kert hasta Tetuán.

—¿Con nuestro protectorado?

—No; el protectorado, que un día creímos aceptable, hoy sabemos que no lo es. Ni una posición ni un soldado.

—Entonces...

—Una unión de intereses, en cambio, de modo que España quedase en nuestro territorio mejor que ninguna otra nación. Es el pueblo. Es el pueblo que más estimamos, pues sabemos que sus ideas y sus sentimientos son análogos a los nuestros. Os daríamos puntos de mercado y la preferencia para explotar las riquezas del país. Como hermanos os tendríamos entre nosotros. El Rif no ha combatido a los españoles, sino al partido imperialista que quiso avasallarle. A los trabajadores, a los comerciantes, no es que los rechacemos, ¡es que los pedimos que vengan!

—Pero reconocer vuestra independencia sería inútil. Otras naciones intervendrían...

—¡Que lo hagan! Con quien sea lucharemos hasta el exterminio... ¡Con quien sea! El Rif ha vivido siempre independiente, sin reconocer dominación alguna. Y así sigue, y así seguirá.

—Usted conoce, Mahomed, los verdaderos poderíos...

—Usted ha visto el nuestro. Aquí todo hombre es un soldado, y un soldado al que no hay que pagar ni mantener. Las defensas naturales de nuestras montañas están reforzadas. Hay cuarenta cañones emplazados sobre la bahía, y en la playa, doble línea de trincheras. Podrán aplastarnos; pero la mano que lo haga se desgarrará la carne y se romperá los huesos.

—Sin embargo, los aplastados seríais vosotros —digo, sin poder dominarme, en un atávico sentimiento de orgullo racial.

Mahomed pone su mano sobre mi brazo, y dice pausadamente:

—No hablemos de guerra, que es de paz de lo que interesa que hablemos.

Y sigue diciendo:

—Si reconociese España nuestra independencia, llegaríamos hasta una alianza con ella, y no tendría amigos más fieles ni más abnegados que nosotros.

He encendido un cigarro para calmar mi nerviosidad. Fumo un instante en silencio. Al fin me recobro enteramente.

—Lo primero que ha de hacerse —digo a Mahomed— es el rescate de los cautivos.

—No están ya en España —me responde— porque no han querido vuestros gobernantes.

—No diga usted eso, Mahomed —le advierto—; eso no es creíble.

—Oiga usted y juzgue —me contesta.

Y empieza así el relato de lo ocurrido en este asunto:

—Al poco del desastre, estorbándonos los prisioneros, que habíamos hecho, más que nada, para evitar que fuesen muertos, comenzamos a devolver algunos. El Maal-lem entregó catorce que esta-

ban enfermos, además de una mujer, en la plaza de Alhucemas. Y, naturalmente, solicitó que se le pagasen los gastos que por ellos había hecho. No le pagaron ni una peseta. Puede usted preguntar al interesado. En esto —continúa Mahomed— comenzó a caer prisionera nuestra gente, y la reclamamos ofreciendo el canje. Ni se nos contestó.

—Pero ha habido negociaciones —digo.

—Sí —me responde—; al cabo, Berenguer envió a Idris Ben Said, y se convinieron las condiciones: la libertad de todos los moros presos, y cuatro millones de pesetas. Pero la gestión se rompió. Parece que, no habiéndose ultimado cuando el viaje que hizo el Sr. La Cierva con los directores de los periódicos, ya no se quiso seguir. Y pasó el tiempo sin que nada más se hiciese. Después —continúa— vino lo de Almeida. Este señor, que estuvo en la plaza de Alhucemas, inició otra negociación. Le pedimos que lo primero de todo pusiera en libertad a los beniurriagueles pacíficos que están presos. Son éstos de diez a quince. Y se les prendió cuando el desastre, sólo por ser de Beniurriaguel. Tres de ellos estaban en Melilla estudiando en la Escuela Indígena, otro tenía una tienda en el Malecón, y algunos eran viajeros que volvían de Argelia. El Sr. Almeida respondió que nos daba cuarenta y ocho horas para ponernos al habla con él, y que si nos negábamos nos pesaría. A las cuarenta y ocho horas se fue, y no nos ha pesado.

—¿No ha habido más?

—Casi no... El padre Revilla se entrevistó con mi hermano en Beni-Ulicheck, y éste le dijo que no había dificultad en el rescate; que viniera alguien con facultades bastantes y se haría. Revilla, que no quiso ni venir a Aydir a ver a los prisioneros, se fue y no volvió.

—¿Y así estamos?

—No. Últimamente mi hermano tuvo una carta escrita en Tánger por el marqués de Cabra, a quien recomienda Mahomed Ben Sadik El Hach, pidiendo entrar en tratos. Le contestó que viniera, y esperándolo estamos.

Calla un momento y después me pregunta:

—¿Cree usted que vendrá?

Hago un gesto de ignorancia.

Y Mahomed termina:

— Pues bien: si viene él, o si viene otro, se llegará a un acuerdo. No hay dificultad ninguna por nuestra parte. Puede usted afirmarlo.

—Lo haré.

—Insistiendo en que si no están libres los prisioneros es porque nadie viene a tratar de verdad el asunto.

—Lo haré —repito.

Y hecho queda.

Habla el caudillo del Rif

Amogar Ben Haddu, jefe de la guardia personal de Abd-el-Krim, ha aparecido en la puerta, que custodian dos centinelas con el fusil terciado. Una seña se cambia entre él y *Pajarito*, quien nos dice:

—Pasad.

Cruzamos entre los centinelas, que no nos saludan por no cambiar de posición el arma, y penetramos en una habitación grande, donde, detrás de una mesa, de pie y apoyado ligeramente en el brazo de un sillón, hay un moro cuyo parecido con Mohamed Abd-el-Krim nos revela quién es. Estamos en presencia del presidente de la República del Rif.

Mientras éste nos indica con un ademán que ocupemos tres butacas puestas en fila ante la mesa y a unos cuatro metros de distancia de ella, examinamos el recinto y sus ocupantes. No hay más muebles que los citados y ningún otro accesorio, salvo un gran tapiz rojo y blanco que cubre en parte el suelo de ladrillo. Nada en los muros encalados, y ni un farol si quiera pendiente del techo de vigas cruzadas. A más de Abd-el-Krim y de nosotros hay otros seis hombres: cuatro soldados en línea a la derecha, con los fusiles terciados, como los centinelas del exterior; *Pajarito*, que se apoya indolente en la puerta de entrada, y Amogar, colocado rígido tras su señor, con el puño puesto en la funda de la pistola.

Abd-el-Krim recita pausadamente las rituales preguntas de la cortesía musulmana. Si estamos bien de salud, si nuestras familias

gozan de igual beneficio, si nos ha cansado el viaje, etc., etc. Después se detiene en una pausa larga, que al cabo rompe de súbito, diciéndome:

—Habla tú.

Yo, empleando el tuteo también, le digo:

—Sidi, aunque sé lo absolutamente conforme que en ideas y en sentimientos está contigo tu hermano, y por más que de esto mismo que voy a preguntarte he hablado con él largamente, quiero para los lectores de *La Libertad* las respuestas de tu boca. En España ignoran la absoluta identificación que existe entre tu hermano y tú, y creerán más lo que tú digas que lo que otro diga por ti. Así, te ruego me digas si tú, representante indiscutible del pueblo rifeño, haces la guerra por tu voluntad.

—Nosotros no queremos la guerra —dice Adb-el-Krim—, pero estamos dispuestos a defender nuestro honor, es decir, nuestra independencia, porque yo juzgo, y todos los míos lo creen así, que la independencia es el honor de los pueblos, mientras sea preciso.

Abd-el-Krim habla lentamente, dictándome, al ver que yo escribo. Le he dado con un gesto las gracias, y él me ha saludado sonriente. Luego me dijo *Pajarito*, hablando del carácter de su jefe, que no le había visto sonreír desde hacía mucho tiempo. Le complació extraordinariamente, sin duda, ver que quería tomar sus palabras a la letra.

—Entonces, sidi —pregunté insinuante—, ¿estás dispuesto a aceptar la paz y la amistad con España?

—Siempre que no haya cosa que se relacione con ningún lazo de yugo.

—Pero el protectorado no es una dominación, y…

—No —responde rápido—, de ninguna manera. El protectorado es un nombre que se ha dado al modo de avasallar nuestros derechos. En tu Gobierno no tiene la palabra otro sentido.

—¿Así, pues, no queréis más que la independencia?

—Nada más.



Oteyza abrazando a los aviadores teniente Florencio y capitán Garcia de la Peña



Luis de Oteyza con el general Navarro

—Sin embargo, sidi, no debe ocultarse a tu juicio y a tu alto saber, que aunque España accediese a concederos la independencia hay otras naciones que no lo aceptarían.

—Pues pasaría con ellas lo mismo que ha pasado con España. Pero no lo creo, no lo creemos. (Una pausa.) Y sobre ello quiero hacerte una pregunta yo.

—Hazla, sidi.

—¿Por qué dices eso?... ¿Es que sabes tú algo respecto a eso?...

—Yo no sé nada. Juzgo, sin embargo, que las potencias europeas no consentirán fácilmente que se forme un nuevo Estado en la costa del Mediterráneo, junto a ellas, casi entre ellas. Por eso he apuntado la sospecha de que tal vez, si España abandona su intervención en África, otra nación ocupe el puesto dejado.

Abd-el-Krim me mira a los ojos como si quisiera adivinar en mí un pensamiento oculto. Yo sostengo su mirada sin pestañear, y él baja la vista, diciendo:

—Ya veremos... De todos modos, lucharemos por nuestra independencia como han luchado los demás.

—¿Es decir —le pregunto—, que sólo por vuestro deseo de independencia lucháis con nosotros, y que no tenéis otro motivo para hacernos la guerra?

—Quisiéramos que no hubiese guerra —responde, sin contestar directamente a mi pregunta.

Y como volviendo a ella, añade:

—El Rif no odia al pueblo español, y no le hubiese odiado nunca si no fuera por la invasión militar. Hubo odio, porque el Rif vio en el militar al español; pero ya comprende que no es así. Ahí está la cosa.

—Según eso, como me ha dicho Mahomed, si se hiciese la paz darías a España trato de nación más favorecida.

—Sí; está bien.

En estas palabras de Abd-el-Krim, y, sobre todo, en el tono que las ha pronunciado, hay una indiferencia desdeñosa de la que me

propongo sacarle. «Ahora vas a ver», pienso. Y de pronto le digo:

—Y en ti, personalmente en ti, ¿no hay nada contra los españoles?

En el brillo de sus ojos noto que he logrado inquietarlo. Sin embargo no ha pestañeado siquiera ni ha hecho el menor ademán. Y sin cambiar el tono de voz me contesta:

—Personalmente yo, nada. No hay nada más que esto: que los militares que están encargados de gobernar no son capaces de hacerlo y abusan mucho de la dignidad. Nos hemos convencido, y no hemos podido admitir esto.

Entonces decido irme a fondo:

—¿Y particularmente con Silvestre?

La parada es limpia y completa:

—A Silvestre le conocí en Melilla hace muchos años, cuando no era más que comandante, y fue muy amigo mío.

—Luego no es verdad —insisto secundando el golpe— eso que cuentan de que tú abandonaste Melilla porque Silvestre te abofeteó.

Pausadamente mueve Abd-el-Krim la cabeza, y con más calma aun que antes dice:

—Cuando yo me vine de Melilla, no estaba Silvestre. Estaba Aizpuru... Y tampoco tuve nunca queja de Aizpuru —termina.

Yo permanezco callado un momento, y él entonces, como en soliloquio, dice:

—Tratamos de convencer a los encargados del Gobierno... Les escribimos a Madrid. No nos contestaron... ¡Se reían de nosotros!...

—¿Y entonces —interrogo rápido— tomaste la determinación de romper con España?

—No; la determinación la tomó mi padre. Él nos mandó a mi hermano venirse de Madrid y a mí de Melilla. Yo, como Mahomed, le obedecí.

No hay modo de exaltarle. Los pinchazos no le hacen efecto. ¿Tal vez el cauterio? Y preparo el hierro al rojo.

—Estuviste preso, ¿verdad, sidi?

Ha palidecido con la espantosa palidez de los cobrizos, poniéndosele el rostro de color ceniza. La mano, que tiene pendiente del brazo del sillón, le tiembla. Pepe Díaz me da un codazo, y al alzar los ojos veo a Amogar haciendo señas de que me calle. Abd-el-Krim no dice, sin embargo, sino estas sencillas palabras:

—En Cabrerizas. Once meses menos dos días.

Pero ha dicho bastante. La cifra exacta, en horas casi, del tiempo de su prisión, demuestra cuán fijo está en su memoria el recuerdo del trance fatal. Sin embargo, no veo en su rostro, que escudriño, señales de furor. Más bien un velo de tristeza...

—Cuéntame eso, sidi —le ruego.

—El capitán Alemán, uno de la Guardia civil, ¿sabes?, y Riquelme me llevaron a presencia del general Aizpuru y me anunciaron que estaba detenido. El general me dijo que se veía obligado a detenerme, de orden de Jordana, porque mi padre no había querido ir al Peñón a cumplimentarle.

Ahora soy yo el que tengo que dominarme para que no se note mi emoción. ¡Es mi país el que hace tales cosas! Por satisfacer el orgullo de un funcionario, más o menos encumbrado, se falta a la ley de gentes, y —«es peor que un crimen: es una torpeza»— se falta atacando a un hombre cuyo poder debía conocerse, y que nos estaba sirviendo, sosteniendo... Trato de disculpar lo que sé que no tiene disculpa, diciendo:

—Eso no es posible. ¿Cómo se va a encarcelar a un hijo por lo que haga o deje de hacer su padre?... Además, que el dejar de cumplimentar a la autoridad no es un delito. ¡Ni al propio interesado le podían hacer nada por eso! Alguna otra cosa habría.

—No la había —responde—. Se me acusó de errores y malicias en un trato que tenía con el capitán de la Policía indígena Siste. Un capitán que no me quería bien... Pero el juez fue Sanz, uno que hoy es general. Puedes preguntarle. Y dijo que no tenía yo culpa, y me absolvió. Ya ves..... Y seguí en la cárcel.

—¿Seguiste en la cárcel después de absuelto?

—Seis meses aún. Me dijeron que era preso político.

Callo y medito. Presos políticos... Detenidos gubernamentales... Son resortes de gobierno que no hay inconveniente en emplear; ¿verdad, señores estadistas? Pero a veces el tener seis meses en la cárcel a un hombre ocasiona la pérdida de veinte mil soldados y un gasto de varios miles de millones, sin contar la vergüenza de las derrotas, el horror de los sacrificios...

—¿No quieres saber nada? —me pregunta Abd-el-Krim al verme callado.

—Perdona, sidi —respondo—; es que estaba pensando la forma de rectificarte. Estás equivocado. Si te prendieron fue a petición de Francia, y por tus ideas y tus sentimientos germanófilos.

—No es verdad —replica rápido.

Y en seguida añade, como arrepentido de su precipitación en dar tan rotunda negativa.

—Puede ser; pero a mí no me comunicaron eso. Y no lo creo, además.

—¿No?

—¡Claro que no! Todos los militares que estaban en Melilla, y gran parte de los paisanos, eran germanófilos. Si hubiesen detenido también a los demás, podría admitir eso. Pero se me detuvo a mí sólo... Y otros eran mucho más germanófilos que yo. ¡Mucho más!

Aplastado por su lógica, trato de escalonar mi retirada para abandonar el asunto:

—Tú intentaste escaparte...

—Cuando me comunicaron que estaba absuelto y vi que no me ponían en libertad... Entonces me rompí la pierna —termina con un dejo de amargura.

Yo hago un gesto de condolencia, y Abd-el-Krim ataja las palabras que piensa voy a pronunciar:

—Fue una fatalidad de la que nadie tuvo la culpa. De nada tiene nadie la culpa. Son cosas de conjunto que uno o dos no hacen ni deshacen. Yo a nadie guardo rencor. Al general Jordana mismo no

le tenía odio, aunque fu él quien decretó mi encarcelamiento.

Aprovecho la ocasión para cambiar ya el tema de los personalismos:

—La paz, pues, ¿es posible por tu parte?

—Siempre que se conserve la independencia nuestra. De otra manera, no habrá paz. ¡Pasarían las mismas cosas! Tú sabes que pasarían. Y como ahora, como ahora, seguiría la lucha. ¡Con razón! Tú sabes que con razón.

—Bueno, sidi —digo sin asentir a su indicación—; queda el asunto de los prisioneros. Es lo que más interesa al pueblo español y en lo que más desorientados estamos. ¿Pueden rescatarse?

—Pueden. Pero que vengan a tratar en serio. Ya te habrá dicho mi hermano...

—Sí; mas hay algo en las condiciones que imponéis injusto, evidentemente injusto. Pides la libertad de todos los rifeños presos.

—Claro.

—No tan claro, sidi. Hay entre ellos ladrones y asesinos juzgados y condenados. ¿Esos también se ha de libertar? Los detenidos políticos y los prisioneros de guerra no hay nadie que no crea justo devolvértelos. Pero esos otros, esos otros... ¡son criminales!

—Más criminales son los aviadores, que matan mujeres y niños. A los aviadores que hemos cogido también los hemos formado causa y los hemos condenado. Si los españoles os quedáis con los que habéis condenado, nosotros nos quedaremos con éstos.

—Mohamed, escucha —lo digo con el más persuasivo acento que puedo encontrar—: no muestres una intransigencia que nadie, nadie, en ninguna nación, admitiría. Los aviadores emplean un arma terrible, tan terrible como quieras. Para mí todas las armas son igualmente brutales; pero reconozco, si quieres, que esa lo es más que las otras. Sin embargo, es un arma admitida por todos los pueblos civilizados. Y los militares que la usan por mandato de su patria, en obligación de una obediencia que juraron, no pueden equipararse con asesinos.

—Para mí los son más que nadie —dice enérgico.

Y añade, exaltándose a medida que habla:

—¡Las naciones civilizadas! Vienen a civilizar con aviadores... Matan seres indefensos, y los matan impunemente. ¡No hay, entre todos los asesinos de la tierra, mayores asesinos!

—Entonces —le digo cortando su peroración— para rescatar a los prisioneros habría de ponerse en libertad a todos, absolutamente a todos los moros presos, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Y la otra condición es que se os entreguen cuatro millones de pesetas...

—¿Cuatro millones de pesetas? Eso es lo que era antes. Ahora no es.

—¿Ahora es más?

Abd-el-Krim me mira fijo. Yo le miro a él. Hay un silencio. Al cabo me pregunta:

—¿Estás tú facultado por el Gobierno para tratar?

—De ningún modo, sidi —replico—. No lo estoy ni lo estaré nunca. No he tenido ni tendré nada que ver con los gobernantes de mi país. Mandé que te lo dijeran. ¿No lo han hecho?

—Sí, sí; está bien. Pero si no tienes facultades para tratar, ¿a qué vamos a discutir?

Insisto con el natural empeño:

—No vamos a discutir condiciones, claro está. Sin embargo, tú puedes decirme a qué obedece el cambio. Esto siquiera...

—Esto ya lo puedes tú comprender. Las negociaciones han sido rotas por el Gobierno español, y esto lo debemos aprovechar nosotros. No hacerlo sería abandonar un derecho. Tú lo comprendes. Claro que tú lo comprendes.

Abd-el-Krim habla con deseo de persuadirme. Yo callo, sin asentir ni negar con un ademán ni un gesto. De pronto, tras una pausa, me dice:

—¿No serás como el padre Revilla?

¿A qué viene tal cosa? Hago un movimiento de asombro. Luego digo:

—No sé cómo es el padre Revilla; pero sospecho que no me parezco a él en nada. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque el padre Revilla no dijo lo que yo le dije. Dio a entender que yo no quería soltar a los prisioneros, que deseábamos tenerlos como rehenes. Nosotros no necesitamos tener como rehenes a los prisioneros. ¿Para qué rehenes, si nosotros tenemos nuestros armamentos y nuestros hombres para luchar? Dilo así, así mismo.

—Así mismo lo diré. Ya ves que, aun causándote una molestia grande, estoy escribiendo, palabra por palabra, cuanto me dices. No tienes inconveniente ninguno en libertar a los prisioneros. ¿Lo escribo así?

—Escríbelo.

—Ya está. Y digo que, por tu parte, esperas a que se te acerque un delegado del Gobierno. ¿No es eso?

—Eso es. Pero siempre que no sea un militar. Con militares no trato. Y nada más de esto.

Creo inútil insistir, y me pongo a dar por terminada la conferencia. Cierro el *carnet* y guardo el lápiz. Al verlo, Abd-el-Krim me dice:

—¿No tienes más que preguntarme?

—No —respondo—; pero si tú quieres decirme algo, estoy a tu disposición.

Vacila Mohamed, y al cabo habla:

—Decirte yo... ¿Y qué decirte? España sabe demasiado lo que tiene que hacer.

Hace una pausa y continúa:

—Yo creo, sin embargo, aunque esto no debiera decirlo, que a España no le conviene una guerra que no tendrá fin. Y cuando menos lo espere, de seguir así, vendrá otro desastre. Le hubiera convenido una alianza.

—¿Tú crees, sidi, seriamente en la posibilidad de esto después de lo pasado?

Me mira con extrañeza y me dice tranquilamente:

—Ya lo creo. ¡Si no ha pasado nada! Esto es siempre igual. Nosotros los rifeños, que estamos unidos ahora, estuvimos separados antes. Y también...

Se calla. Yo le insto:

—¿Y también...?

—Nada. Yo no tengo nada más que decirte. Y tú me has dicho que no tenías nada más que preguntar. Creo que hemos terminado.

Se ha puesto en pie. Yo le hago una seña de que se detenga.

—Una pregunta aún, sidi, y ni siquiera una nueva pregunta, sino una ratificación de lo ya tratado. Me has dicho que no sentís odio contra los españoles; pero tu hermano ha ido más allá. Ya sé que en todo estáis conformes; sin embargo, conviene que tú me repitas la declaración extensa de tu hermano. ¿Estáis dispuestos a recibir entre vosotros, para cooperar al desenvolvimiento de vuestra prosperidad, a los españoles?

—Ya lo creo. Lo repito.

—¿Quieres dármelo firmado?

Abd-el-Krim vuelve a sentarse. Toma una pluma y escribe el autógrafo cuya reproducción fotográfica es ésta:

Las puertas del Rif están abiertas
para todos los paisanos españoles como
lo han estado para el director de "La Libertad".

Mohamed Abd el Krim

Axdir 7 de Agosto 1922



El teniente Gilaberte, el capitán García de la Peña, el general Navarro, Luis de Oteyza, el coronel Araujo y el teniente Florencio



Luis de Oteyza y el joven Abd-el-Krim

Me lo alarga, y me dice sonriendo:

—¿Quieres más todavía?

—Sí, sidi; quiero que permitas a mis compañeros retratarte.

—No puedo, no; de veras que no puedo. No es por prejuicio político ni religioso. Es que... ¡Es otra cosa! Imposible, imposible.

Alfonsito y Pepe Díaz, que han permanecido tanto tiempo inmóviles y callados, se levantan y quieren hablar. Yo les hago seña de que no intervengan. Y digo a Abbd-el-Krim:

—Insisto porque es cosa que a ti y a mí nos conviene. Yo tengo enemigos que, acaso no sabiendo cómo combatirme, negarán esta entrevista; y respecto a ti, ya sabes que nuestros gobernantes propalan que estás herido. Desmiente tu herida como *Pajarito* ha desmentido su muerte. ¡Que te vea el pueblo español a mi lado, bueno y sano, para que sepa cómo se le engaña!

—Está bien. Ven aquí.

Pepe Díaz y Alfonsito van hacia la puerta, mientras yo arrastro mi butaca junto al sillón de Abd-el-Krim.

Se tiran las pruebas sin ninguna dificultad. Los fotógrafos dicen que mientras nos retrataron yo tuve apoyada en la nuca la pistola de Amogar. No lo noté. Pero aunque lo hubiese notado no me habría movido... ¡No era cosa de estropear un *cliché* tan valioso por semejante pequeñez!

AUTÓGRAFO DEL JOVEN

El hermano del presidente de la República rifeña, ministro de Estado de la misma, horas después de la conferencia celebrada por el autor con Abd-el-Krim, le dirigió, reiterando las palabras suyas a que hace referencia al final de la interviú que antecede, la carta presente:

Sr. D. Luis de Oteyza
Director de "La Libertad"
Como le he manifestado de palabra le reitero por
escrito que el Rif no combate a los Españoles ni
siente ningún odio hacia el Pueblo Español. El Rif
combate a ese imperialismo invasor que quiere
arrancarle su libertad a fuerza de sacrificios
morales y materiales del noble Pueblo Español.
Le ruego manifieste a su Pueblo que los Rifeños
están dispuestos y en condiciones de prolongar la
lucha contra el Español armado que pretenda
quitarles sus derechos, y sin embargo tienen sus puer-
tas abiertas para recibir al Español sin armas como
técnico comerciante, industrial, agricultor y obrero.
Mad Abd-El-Krim
Aydir 2 agosto 1922.

Sr. D. Luis de Oteyza. - Director de «*La Libertad*»

Como le he manifestado de palabra le reitero por escrito que el Rif no combate a los Españoles ni siente ningún odio hacia el Pueblo español. El Rif combate a ese imperialismo invasor que quiere arrancarle su libertad a fuerza de sacrificios morales y materiales del noble Pueblo Español.

Le ruego manifieste a su Pueblo que los Rifeños están dispuestos y en condiciones de prolongar la lucha contra el Español armado que pretenda quitarles sus derechos, y sin embargo tienen sus puertas abiertas para recibir al Español sin armas como técnico, comerciante, industrial, agricultor y obrero.

Mad. Abd-el-Krim — Aydir 2 agosto 1922



Un rescate que puede y debe hacerse

He aquí una historia que parece de otros siglos en lo que a su forma se refiere, pero en cuyo fondo palpita la más absoluta actualidad. Tiene del pasado remoto el escenario y los personajes: las costas berberiscas donde piratas abordan un navío, matando al capitán y cautivando a la tripulación. Y tiene del momento presente su argumento: el Gobierno de España no se preocupa, ni se ocupa siquiera, de la vida y de la libertad de sus súbditos. El ayer y el hoy, que deben estar separados siempre en todo, en nosotros siempre se unen, por desdicha para nuestra patria infeliz.

Interrogaba yo a El Maal-lem buscando la confirmación de uno de los extremos expuestos por Mahomed Abd-el-Krim en la última conferencia que tuvo conmigo:

—¿Es verdad que entregaste en la plaza de Alhucemas quince prisioneros, y que se negaron a darte el dinero que por ellos habías adelantado?

—Ser verdad —me contesta—; no darme ni gracias.

Y a continuación añade:

—Tu Gobierno no querer rescatar prisioneros. No querer, no.

Explico a El Maal-lem que está equivocado, que se tarda en rescatar los cautivos por la dificultad que representa el libertar a todos los rifeños presos... ¡Qué sé yo!... Digo una porción de cosas, de cuya certeza no tengo una completa, ni siquiera fragmentaria, seguridad. Él niega con significativos movimientos de cabeza. Y al cabo dice:

—Entonces, ¿por qué no rescatar los otros? Por los otros no pedir que soltar a ninguno... Por los otros pedir sólo dinero. Poco dinero. Poquito.

—¿Qué otros? —pregunto asombrado.

—Los que tener moro Paco —me contesta.

Y a seguido me pregunta:

—¿No conocer tú a moro Paco?

Respondo que no le conozco, y El Maal-lem se extraña. El moro Paco es muy conocido en Málaga, y en Gibraltar, y en Estepona. Además, cree El Maal-lem que su asunto lo conoce España entera. Viendo que esto último no es así, me lo refiere prolijamente.

El moro Paco (Mohamed Abd-el-Lá, para llamarle por su verdadero nombre) comerciaba en huevos con la plaza de Málaga. Los huevos en Alhucemas cuestan de cuatro a cinco pesetas el ciento, y en la Península se venden a diez, a quince y hasta a veinte. El negocio no puede ser más bonito... Sin embargo, el moro Paco todavía lo hermoseaba un poco. En cada viaje se iba desde Málaga a Gibraltar, cargaba su barco de tabaco y con él regresaba a Alhucemas.

Esto, con arreglo a la Conferencia de Algeciras, que tan generosamente nos confirió la intervención en la costa del Rif, constituye delito de contrabando; pero el moro Paco, ateniéndose a la realidad de los hechos mejor que a la fantasía de un Tratado que no se cumple ni se puede cumplir, no lo juzgaba tal. Es lo que él me decía cuando al día siguiente compareció ante mí: «¿No ser Gibraltar puerto libre?... ¿No estar Aydir sin que haber nadie de Gobierno tuyo?... No meterse entonces cañonera en si traer yo tabaco».

Pero sucedió que «cañonera meterse en el asunto». Y detuvo la embarcación de Abd-el-Lá, llevándosela con cargamento y tripulación a Melilla. Allí las autoridades se incautaron del barco y de la carga, y encarcelaron a la tripulación, que permaneció presa cuarenta días.

Mohamed Abd-el-Lá regresó al fin a su casa; pero arruinado, perdido. La nave y el importe del tabaco que ésta cargaba era toda

su fortuna. Ya no le quedaba más que entrar de marinero en un barco de pesca, él que había sido patrón de navío mercante... Estaba desesperado.

Y, en su desesperación, pasó de contrabandista a pirata. Siempre juzgando, en su lógica primitiva, que obraba con arreglo a derecho. ¿Le habían quitado un barco?... ¡Tenía la facultad de quitar él otro! ¿Se apoderaron de un cargamento que le costó dinero?... ¡Podía él apoderarse de algo que dinero le valiera!

Decidido así, se puso de acuerdo con el propietario de un cárabo, conviniendo en ir a medias en pérdidas y ganancias, y salieron a la mar como en los tiempos de Barbarroja.

¡Ay del barco que con ellos se cruzara!

****

Fue éste el *Antonio Torres*, de la matrícula de Santa Pola. Los periódicos lo contaron a su debido tiempo, y en la colección de *La Libertad* acabo de ver el telegrama. El *Juan de Juanes*, al navegar hacia el Peñón de Alhucemas, encontró un barco que iba a la deriva y lo abordó, hallando sobre cubierta el cadáver de un hombre. Nada más dice en sustancia la noticia oficial. Y después no ha habido otras noticias.

Hoy puedo hacer yo el relato completo, recogido de labios de quien dirigió el abordaje y comprobado por las palabras de uno de los tripulantes asaltados: el propio hijo del patrón muerto.

Con cargamento de sal, patatas y artículos de alfarería salió el *Antonio Torres* de Torrevieja con rumbo al Peñón. Al regreso, en la noche del 14 de julio del pasado año, un cárabo les dio el alto: «Arría la vela, *Chato*».

El aludido, José Martínez, (a) *Chato*, no quiso obedecer. Pero el viento no le ayudó en su propósito de huida. El cárabo se echó encima. Una mano asió la borda. El *Chato* partió aquella mano de un hachazo. Un tiro le atravesó a él por el pecho. Y la horda de moros entró en el barco, aprisionando a los tripulantes.

Eran éstos cinco: el hijo del patrón, José Martínez de nombre, como su padre; Antonio Canillas, padre, y Antonio Canillas, hijo, y Antonio Seguí y Pedro Ibáñez. El primero y los dos últimos, vecinos de Torrevieja (Alicante), y los otros dos, de la Rábita del Muñoz (Granada).

Presos, no sin lucha, pues se resistieron cuanto les fue posible, aunque carecían de armas, fueron conducidos a tierra e internados en Bocoya, en el poblado de Cheuliem. Y allí están hace más de un año, suspirando por su liberación mientras en España lloran su cautiverio las familias de quienes eran sostén.

Cautivos de los piratas moros, igual que el forzado de Dragut, ven en los días claros las playas patrias... Cautivos de los piratas moros, más infelices que antes, ahora no tienen frailes mercenarios de los que esperar el rescate... Cautivos de los piratas moros, no pueden pensar en que hogaño, como antaño, llegue el audaz galeón con gente que los libre por la fuerza... ¡Estos cautivos de los piratas moros de hoy envidian a los cautivos de los piratas moros de ayer!

Juntos llegaron a mi presencia el amo y el esclavo, Mohamed Abd-el-Lá y el joven José Martínez. Ambos me hablaron y los dos me dijeron lo mismo, lamentándose uno y otro por la misma causa, aunque con motivos completamente opuestos. De perfecto acuerdo afirman que no se quiere hacer el rescate del *Antonio Torres.*

Como me lo decía El Maal-lem y como os lo digo yo. Así, sencillamente, con la terrible sencillez de estas cuatro palabra: No se quiere rescatarlos.

Más de un año llevan, el moro para cobrar su dinero y el cristiano para recobrar su libertad, solicitando el rescate. Han escrito a Melilla y a Madrid, sin tener contestación. Secundando estas gestiones, ante las autoridades de Granada y Alicante acudieron un día y otro las familias desamparadas, y sólo lograron evasivas promesas, primero; después, enunciación de dificultades insuperables, y, finalmente, el desprecio de que no se les quisiera recibir.

Y el rescate puede hacerse sin que por él se pida otra cosa que veinticinco mil pesetas.

¿Deshonra eso a España, como se dice de la entrega de los moros que sufren prisión condenados por asesinos?... ¿Proporciona eso medios a las cabilas del Rif para que deshagan un ejército cuyo presupuesto pasa de mil millones?... Responda alguien, a ver si lo hace afirmativamente.

Pues bien: si no se responde así, hay que creer lo que dicen de acuerdo el apresador y el preso, el moro y el cristiano. Hay que creer que no quiere hacerse el rescate de estos cautivos.

José Martínez me habla trémulo:

—Si usted quisiera...

¡Claro que yo quiero! Por arrancar a ese niño, porque no es más que un niño aún, del tormento de vivir con el asesino de su padre, ¿quién no haría cuanto pudiera? Pienso, además, que son otras cuatro las familias a las que el cautiverio de los tripulantes del *Antonio Torres* tiene sumidas en la miseria y en la desesperación. Y aunque al decidirme a ir a Aydir me prometí no intervenir para nada en el sospechoso asunto de los prisioneros, me dispongo a entrar en tratos.

Hablo con El Maal-lem para que éste se ponga de acuerdo con Abd-el-Lá. Discuten los dos largamente, interrumpidos a veces por el joven Martínez, que entiende el árabe. Al fin, empleando el castellano, me mezclan en la conversación.

—Quedar en cinco mil duros. Mil duros por uno. Estar cinco; darnos tú veinticinco mil pesetas.

—¿Cómo y a quién? —pregunto.

—A mí —dice El Maal-lem.

Abd-el-Lá asiente.

—Traer veinticinco mil pesetas en el convoy —sigue explicando El Maal-lem—. Yo fiarme de ti. Tú decir: «Traigo cinco mil duros», a los que lleguen bote, y subir yo a *Gandía* con los cinco prisioneros.

Sonríe El Maal-lem al terminar diciendo:

—¡Ya estar!

—Pero yo no podré venir —advierto.

El Maal-lem se muestra deseoso de facilitar el asunto;

—Venir entonces Lasquetty... Venir entonces capitán *Gandía...* Yo fiarme de Lasquetty y de capitán.

—¿Y subirías los prisioneros a bordo? —insisto.

—Sí, hombre —recalca—: antes de dar dinero. Sólo con decir ellos a los que vayan en bote que traer dinero.

Jamás he pedido nada a los Poderes públicos, y jamás volveré a hacer lo que ahora hago. Por una vez, vaya. Es preciso, es absolutamente preciso que se pague ese rescate. Yo pido, yo ruego, yo imploro que se pague.

Veinticinco mil pesetas es menos de la cantidad con que se subvenciona por no hacer nada a tantos y tantos desprestigiados periodistas. Dadla en mi nombre, que algo útil con mi prestigio y mi trabajo estoy haciendo por la patria.

¡Veinticinco mil pesetas! De cualquiera de los gastos de material pueden sacarse. Una orden por telégrafo, y «¡ya estar!», como dice El Maal-lem.

El día 14 sale el convoy para la playa de Suani, y con que Lasquetty o el capitán del Gandía lleven esa cantidad, al siguiente día estarán libres esos cinco desdichados.

Y si el Gobierno no hace lo que pido, estoy yo dispuesto a mendigar para que se haga.

A los ricos me dirijo. ¿No habrá, señores, quien ofrezca lo que no llega al importe de un automóvil?... ¿No habrá, señoras, quien esté dispuesta a desprenderse del valor escaso de un collar?...

Por amor de Dios, una limosna para la redención de cautivos.

Cómo nos ven los moros

Si pretendemos intentar siquiera el cumplir la misión que en la Conferencia de Algeciras tuvieron a bien conferirnos las grandes potencias, es fundamental que inspiremos a los moros respeto y admiración. Hemos de protegerlos y civilizarlos, ¿no es así? Pues bien: sólo de quien se admira y se respeta puede admitirse una influencia educativa y amparadora. Esto pertenece a la lógica elemental.

Y los moros poseen una lógica superior. Una lógica de tanta fuerza que les permite explicarse todo, hasta lo que parece que había de ser inexplicable para sus ideas y sus sentimientos. Vaya de esto una prueba asombrosa, que no está aquí de más, ya que constituye una de las notas pintorescas de mi viaje.

Cierto guardia de los de la escolta que para honrarme y vigilarme de consuno me acompañaba constantemente, hubo de preguntarme si me daban mucho dinero por haber ido a meterme en su campo.

—Nada; no me dan nada —repuse.

—Cómo —insistió—, ¿tú ganar lo mismo si venir que si no venir?

—Exactamente lo mismo.

Quedó un instante serio y silencioso. Reflexionaba. Al cabo se iluminó su rostro con la luz de la comprensión. Sonrió y dijo:

—¡Ah, ya!... ¡Tú venir aquí por *fantesía*!

De modo tal discurre un simple soldado, un ignorante cabileño. ¡Considerad cómo lo harán los moros ilustrados, los que ejercen jefaturas!

Consideradlo y convendréis en que han de pensar de la misma manera elementalmente lógica, señalada por las primeras líneas de este capítulo.

Y así, si no nos respetan y no nos admiran, ¿cómo van a creer que podamos cumplir una misión para la que no nos juzgan aptos?

No, no nos tienen admiración ni respeto. Confirmando lo que digo hay notas a montón en mi *carnet*. Como siempre, sin añadir ningún comentario, voy a pasarlas a las cuartillas. Los comentarios los pondréis mentalmente vosotros, lectores.

Yo quiero, sin embargo, advertiros una cosa, para que no os avergoncéis de nuestro pensamiento si por acaso en vuestra mente surge la idea de que, al no respetarnos ni admirarnos, tienen razón los moros. Y es que ellos nos ven como ante ellos nos presentamos, es decir, como nos revela nuestra conducta, la conducta que nos vienen imponiendo los que nos gobiernan patrióticamente y los que patrióticamente apoyan la gestión gubernamental.

A éstos, pues, y no a nosotros, se debe el que, ni admirativos ni respetuosos ciertamente, sinteticen los moros su opinión diciendo que «españoles estar tontones de cabeza».

Porque, como veréis, tal es el concreto juicio que les merecemos.

****

Abd-Lus Osaba es un moro que posee una finca en la misma playa de Suani. Cuando sobre la arena abrasada, y sin otro amparo contra los ardorosos rayos del sol que la tienda de los guardias del mar, esperábamos la respuesta al mensaje mandado a Abd-el-Krim solicitando que hiciese extensivo mi salvoconducto a Alfonsito y Pepe Díaz, nos ofreció su casa para que descansásemos mejor. Con permiso de El Maal-lem aceptamos, y Abd-Lus nos obsequió con un mal almuerzo y una buena opinión sobre el testamento de la conquistadora de Granada.

Esta opinión es a la letra:

«España cogerla los moros. Volver a cogerla los españoles. ¿Qué más querer ya? Estar tontería ir meterse en casa de otro».

****

Desde Napoleón, quien dijo que para guerrear eran indispensables tres cosas: dinero, dinero y dinero, hasta Lloyd George, manifestando que la victoria de la conflagración europea sería de quien tuviese la última moneda de oro, todos los hombres de Estado miraron siempre en los conflictos bélicos el aspecto económico.

Así lo entiende también Mahomedi Ben Hah. Este moro es un estadista. Ya he dicho que secunda las labores del joven Abd-el-Krim en los negocios extranjeros. Conoce, pues, su país y los otros países. Es voto de calidad, por tanto.

Y Mohamedi Ben Hah dice respecto de lo que gastamos en la guerra los españoles y no gastan los beniurriagueles:

—A España costarle mucho dinero, mucho, la guerra. A nosotros no costarnos ni una cebolla. No pagar soldados y no necesitar darles de comer.

Luego añade algo terrible y temiblemente cierto:

—Cañones, fusiles y municiones tenerlos nosotros sin pagar.

****

Lo que más nos desprestigia ante los moros es la patriótica campaña que nuestra prensa imperialista hace dando un par de infundios diarios como noticias más o menos oficiales.

Cuando me vino a ver, *Pajarito* me dijo burlón:

—No esperarías que te visitase un muerto.

Amogar, el simpático amigo de la pistolita, también tuvo un rasgo de humorismo:

—Ver tú a los aviadores —me dijo— y ver que estar abrasados vivos.

Mahomed Quijote, paseándose por sus baterías, me contaba en broma que había tirado al mar los cañones desmontados por nuestros fuegos, según los partes oficiales, para que no los viera yo.

—Estar bahía llena de pedazos —explicaba—. Llena, llena... Echar anzuelo, pescar cureña.

No menos irónico, aunque hablase con la gravedad que adquirió en la Residencia de Estudiantes de Madrid, rectificaba Mahomed Abd-el-Krim la gran campaña de Marnisa, en que dijimos resultó herido su hermano y perdidos varios cañones y ametralladoras:

—No hubo lucha contra nosotros; aseguro a usted formalmente que no hubo lucha.

Y añadía:

—Hamido tuvo dificultades con las gentes sobre las que ejerce el mando. Y Hamido fue el que, a requerimiento nuestro, peleó hasta dominarlos. Los venció, y para que cuide de que no se le vuelvan a levantar, le hemos exigido y nos ha entregado sus cuatro hermanos en rehenes. Eso es todo.

—Pero sidi Mohamed —pregunté—, ¿no está herido?

—Ya lo verá usted con sus propios ojos.

****

El jefe de la artillería me presenta a un joven moro que jamás había visto un cañón antes del desastre, y que actualmente los maneja con tal acierto, que de dos disparos hundió el *Juan de Juanes*.

—¿Y por qué hicisteis eso? —pregunto, más que para otra cosa, a fin de evitarme el tener que felicitar por su puntería a quien tan grave daño nos causó.

—Porque vosotros no estar gente formal.

—¿Que no somos gente formal?

—No, no.

Le requiero insistente, y me explica el caso.

Se había pactado que la playa de Aydir y la plaza de Alhucemas fuesen a modo de puntos neutrales por donde hubiera la necesaria comunicación para los tratos que entre campos enemigos siempre han de existir.

Como base primordial del convenio figuraba la condición de que la isla no reforzase sus defensas. Abd-el-Krim hubo de enterarse que en los convoyes se llevaba material de guerra, cuando sólo los víveres se podían llevar.

Avisó entonces escribiendo al capitán Aguilar, que mandaba la plaza: «Si vuelve a traer armas y municiones, el barco será echado a pique». Tal fue la indicación terminante.

Salió el *Juan de Juanes* de Melilla, y antes que el navío a la plaza llegó al campo la noticia de que llevaba armamento. El hecho había sido visto y comprobado por espías que presenciaron su carga. Se cañoneó el barco y se le echó a pique: «Abd-el-Krim —termina Mahomed Quijote— sí estar gente formal».

****

El Maal-lem, hombre de finanzas, se explica perfectamente que deseemos explotar las minas. Hasta me figuro que alternaría gustoso con Romanones y su distinguida familia metiendo en la empresa de San Juan el dinero que dedicaba a la importación de telas catalanas y que con el bloqueo tiene parado. Lo que no se explica es que nos empeñemos en dominar sitios de los que no se saca nada.

—¿Para qué serviros los Peñones? —me pregunta—. Estar ciegos —añade—; estar que no ver conveniencia vuestra.

Y sigue tratando de abrirme los ojos:

—Peñones y Chafarinas tenerlos cuatro siglos, no serviros más que para gastar dinero. Hombre, si hasta agua hay que traer… Traer comida, traer ropa, traerlo todo. Hasta agua, hombre; ya decirte que hasta agua. Y tener que pagar a los que estar allí. Pagarlos mucho, ¿verdad? Claro, hombre, si se aburren. Si no pagarles mucho, irse.

Le digo que son puntos de soberanía, de defensa.

—¿De defensa, hombre? —dice extrañado.

Y calla. Soy su huésped... No quiere burlarse de mí. Soy su huésped... Calla tragándose las palabras con una mueca. Pero, ¡ay!, no necesita decirme nada.

Desde la galería de su casa veo el Peñón de Alhucemas, sin ruido, sin movimiento, sin vida, en la parte que da a la costa. Y sé que en la parte opuesta, metidos en cuevas, están unos hombrees abnegados, viviendo solamente lo que el sentimiento del deber les obliga.

****

Ya he consignado en los capítulos anteriores que los moros no profesan una extremada simpatía a los militares españoles. No creo que al recoger este sentimiento de los que con nuestro Ejército andan a tiro limpio haya hecho ninguna trascendental revelación, ni que con ello haya ofendido al brazo armado de la Patria, ¿verdad, señores patrioteros?... Pues continúo.

Todos los moros con los que he hablado echan la culpa de la guerra a los militares; a los oficiales, claro: «Soldados venir porque mandárselo». Pero uno en particular comenta y señala como causa de la guerra la tan debatida cuestión de las recompensas.

Es éste Abd-el-Krim Ben Siam, que me ha dicho:

—Ser militares los que querer guerra.

—No, hombre, no —le replico—. ¿Para qué van a querer la guerra los militares?

—Mira, yo saberlo —explica—. Tener una estrella, querer dos; tener dos, querer tres. Yo saberlo.

****

Y basta ya. Creo que con las notas que acabo de exponer hay bastante para que se conozca el concepto en que nos tienen los

moros y se vea qué lejos está de ser el respetuoso y admirativo en que habrían de tenernos para admitir nuestra misión educativa y amparadora. ¿No?

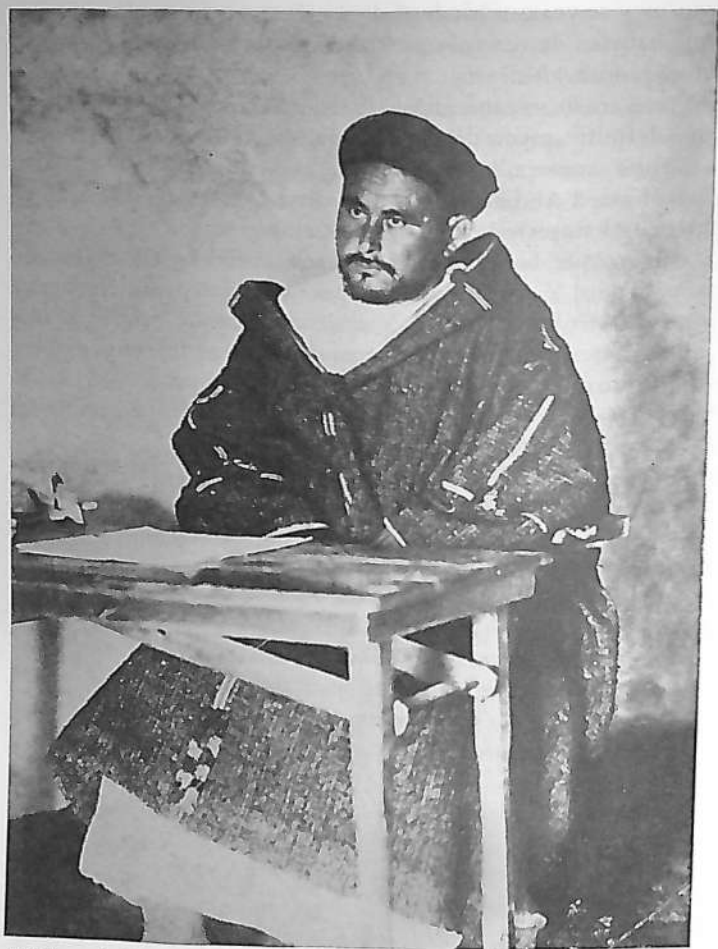
Por si acaso, vaya para finalizar esta información una última nota, que definitivamente demuestra lo que digo.

Se nos aconseja, se nos previene...

Mohamed Abd-el-Krim, al despedirse de mí, me rogó que escribiera esta ampliación a sus manifestaciones:

«Tengo que decirle que todo está como antes de julio del pasado año. ¡Todo! Y que si continúa España el mismo proceder ocurrirá otra catástrofe muy pronto. Yo quiero que conste que de las vidas que se sacrifiquen aquí no seremos nosotros los responsables. Publique usted como se las dicto estas palabras mías».

Publicadas van a estar. Veremos quién ejerce el protectorado. Tal vez nos protege quien así nos avisa.



Mohamed Abd-el-Krim, caudillo de los beniurriagueles y presidente de la República del Rif

La intervención de Francia

Decidido a entrar en materia, como epílogo de mi reportaje, en el trascendental asunto que constituye lo más grave del gravísimo problema marroquí, he de detenerme, sin embargo, un instante en el umbral. A modo de advertencia, tengo que decir previamente algunas palabras para poner de manifiesto la autoridad que, hechas por mí, tienen las acusaciones que a lanzar voy contra una nación amiga.

Contados son en España los que han demostrado su simpatía por Francia tanto como yo, y que la demostraran más, no hay ninguno. Desde los primeros días de la conflagración, cuando no llegaban a media docena los francófilos españoles, hice mi declaración de francofilia. Después, siempre, siempre, defendí a la Francia agredida contra la Alemania agresora, sufriendo por ello molestias y aun persecuciones.

¡Conste! Conste, porque, posiblemente, ahora los mismos germanófilos furibundos, los propios francófobos rabiosos de entonces, me tacharán de enemigo de Francia. ¡Oh, segura más que probablemente!... En la campaña desatada contra mí por la envidia impotente de los que no supieron y no pudieron, ni aunque pudieran y supieran se hubiesen atrevido a hacer lo que yo he realizado, se ha llegado ya a extremos mayores. ¿No se ha dicho que desprestigia y deshonra a España revelar que los oficiales cautivos se alinean a la voz de mando de un moro? Y eso es simplemente arrojar el espejo



Abd-el-Krim y Oteyza. Detrás, Amogar Ben Haddu, jefe de la guardia personal del caudillo rifeño

cuando debiera arrojarse la cara. Lo que desprestigiará y deshonrará a España, si acaso, es que tal cosa suceda sin que la evite el Gobierno negociando diplomáticamente, o el Mando en Marruecos por la fuerza de las armas.

Yo no he hecho otra cosa que informar verazmente a mi país de lo que he visto y comprobado. ¿Qué ello es doloroso y avergonzante? Ninguna culpa tengo yo. Las culpas todas estarán en quienes no impiden que ello suceda, y en los que lo encubren con informaciones falsas.

Y como he procedido sigo hoy procediendo. Llevo la verdad por delante, y a mantenerla no me impulsa ningún interés bastardo. ¡Conste así!

Y, sin más, empiezo. En Argelia todavía, cuando estaba aún a cientos de kilómetros de los lugares donde el delito se comete; se me hicieron las primeras denuncias. Tuve que dirigirme a un español residente en Orán, y antiguo amigo mío, para que me ayudase en los pasos que me proponía dar. Y éste me dijo:

—¿Pasar a la zona francesa de Marruecos? No lo conseguirá usted.

—Pero ¿por qué?... —pregunté extrañado.

—Porque no se quiere que los españoles veamos lo que ahí sucede.

Otro amigo —éste francés, pero de origen español— fue más explícito.

—Si las autoridades sospechan que va usted a tratar del rescate de los prisioneros, le detendrán, como detuvieron al padre Revilla, y lo expulsarán, como expulsaron al marqués de Cabra.

—¿Es que se opone Francia al rescate?

—Claro... El rescate sería el comienzo de la pacificación, y la pacificación en la zona española traería a nuestra zona los grupos guerreros, que sólo viven del pillaje de la lucha.

Y hubo más. Persona que por su cargo debe estar enterado, y lo está, de los asuntos diplomáticos, me explicaba cómo el interés de Francia es que no dominemos nunca el territorio beniurriaguel, con

la esperanza de dominarlo algún día ella, obteniendo así la única salida posible de su zona al Mediterráneo. Y terminó su explicación con estas palabras:

—Para eso no se repara en medios. Súbditos franceses hacen el contrabando a ciencia y paciencia de la autoridades. Y se permite la entrada, no ya en el Mediterráneo francés, sino aquí mismo, en Argelia, a los moros de las cabilas en armas, dándoseles trabajo y jornales.

Cuando pasaba a la zona francesa, antes de entrar en ella, vislumbré la primera prueba. Algo que saltó a mis ojos. Un grupo de segadores moros descendía del tren en T'lemzen. Y uno de ellos, bajo la chilaba harapienta, enseñaba unos pantalones de uniforme de oficial español. ¡Inconfundibles! Unos briches de tela kaki con los ojetes de los cordones. ¡El despojo de algún muerto en Annual o en Monte Arruit!

Ya en Uxda, destellos semejantes desgarraban las nubes de mis dudas a cada momento.

En las tiendas del mercado árabe, muchos moros hablaban el español. ¿Eran bieniurriagueles?... Únicamente los cabileños de las proximidades de Ceuta y Melilla o del Peñón de Alhucemas hablan nuestro idioma.

Una noche, saliendo del café moro, nos internamos por las calles de la vieja ciudad. A la puerta de una casa donde se celebraba fiesta, un grupo grande estaba estacionado. Nos mezclamos con él.

—Mira —dijo Rafael Hernández, señalándome un cabileño de chilaba corta.

Miré, y asomando por el descote de la abierta prenda vi una guerrera con las bombas en el cuello. ¡Una guerrera de soldado de Artillería! Pasos más allá, al retirarnos, nos cruzamos con otros dos moros que vestían guerreras adornadas con los castilletes de nuestros ingenieros.

Al ir a tomar un coche de punto, el criado de la fonda que me acompañaba, español y buen español, me hizo reparar en la grupa del caballo.

—¿Conoce usted este hierro? —me dijo.

Y añadió, al ver que yo movía la cabeza negativamente:

—Pues mire usted la marca a los caballos de la remonta española, y verá usted que es igual.

Y Rafael Hernández, yendo en el automóvil que de Uxda sale para Casablanca, observó cómo éste, entre Tauritz y Tazza, para en medio del campo. Allí bajan y suben moros. ¿Qué sitio es ese donde no hay ciudad ni caserío?... Es el punto más próximo a nuestra zona de influencia en la parte que las gentes de Abd-el-Krim dominan.

Al fin logré hablar con uno de nuestros enemigos, y amigos de Francia, puesto que se les permite circular libremente por la parte de Marruecos colocada bajo el protectorado francés.

Fue en la kisería, mercado de telas moro, y en la tienda de Abraham Chocrón, hebreo protegido de España. Entró un moro que hablaba nuestro idioma. Me decidí a interrogarle, diciéndole que era americano.

—¿De los cubanos que estar con españoles en Tercio?

—No; de los otros, de los argentinos, de los que no son nada de España.

—Cubanos estar canallas. Venir matar moros.

—Desde luego, pero yo no ser de ésos.

—Ingleses también estar canallas. Venir matar moros también.

Para este moro el Tercio está formado por cubanos e ingleses, y claro que todos son unos canallas. Yo le explico que los argentinos odiamos a los cubanos, y que por los ingleses es verdadera rabia lo que en nuestros corazones hay. El hombre se confía y me habla amistosamente, explicándome que va a Argelia para ganar dinero y huyendo de los «pájaros tontones».

Lo que no me explica es cómo ha podido pasar la frontera marroquí y cómo pasará la argelina. A mí me han puesto muchas dificultades para cruzar ésta, y aquella me es imposible cruzarla. ¿Cómo logra un moro sin documentos lo que perfectamente documentado no consigo yo?... Tal vez llegaría a descubrirme

el misterio; pero un askari le habla en árabe, y mi interlocutor desaparece.

Abraham Chocrón me ruega en seguida que me marche yo también. Le comprometo... Teme que le expulsen... Pero ¿por qué?... La respuesta es épica:

—Por tratar con un español.

Las autoridades francesas prohíben que se traten los españoles entre sí, ya que Chocrón es como si fuese súbdito de España.

Pero, pese a los esfuerzos de M. Feit, dictador en Uxda por la libre Francia, logro enterarme de muchas cosas. ¡Muchas y muy grandes!

No diré por quién. La orden de expulsión se lanza con la prontitud de rayo y produce sus destructores efectos. No quiero arruinar a infelices españoles que en la zona francesa tienen sus medios de vida. Diré sólo que son buenos patriotas y que me han denunciado cuanto contra nuestra Patria saben que se hace, esperando que España lo remedie. Sea así.

En el zoco de Tauritz se han vendido públicamente, a raíz del desastre, cerca de quinientas caballerías de las tomadas por los rifeños a nuestras tropas. Y de esas acémilas, ¡las mulas fueron compradas para el ejercito francés!

Cinco soldados de nuestra Policía indígena, pertenecientes a la *mía* del Zayo, pasaron con licencia a la zona francesa, donde radican sus familias, siendo presos por el hecho de servir a España. Y presos siguen, pese a las reclamaciones de nuestra diplomacia.

Siguiendo una conducta del todo opuesta, a los desertores de nuestro Tercio extranjero se les acoge cariñosamente, se les socorre con dinero y ropas, y se les paga un viaje al punto de Europa que desean.

En un taller de mecánica de Méquinez se han arreglado dos piezas de artillería para Abd-el-Krim, y una fundición de Uxda, para el mismo, ha construido sus cierres de cañón.

De la zona francesa, entre Tauritz y Tazza, sale semanalmente, en servicio regular, una caravana que conduce el caid de Tamsaman, Bon Kad Dour, y que va directa a Aydir.

M. de Taillis, redactor de *Le Journal*, entra y sale de la zona española para conferenciar con nuestros enemigos con gran frecuencia, y habita hace cerca de seis meses en Port-Say, donde... Pero eso merece ser tratado con mayor detenimiento.

Digamos previamente que dos días antes de ser detenido yo se alojaron en el mismo hotel donde la Policía vino a buscarme, el hermano de Abd-el-Krim y *Pajarito*. A ellos no se les pidió papeles ni se les detuvo, claro está.

Y vamos con lo que en Port-Say ocurre.

Por-Say es un puertecito construido en la costa de la zona francesa y lindante con nuestra zona. Lo hizo cierto millonario de la democrática Francia que aspiraba a ser rey en Marruecos, como quiso ser emperador en el Sahara aquel otro paisano suyo de divertida recordación. M. Say, que así se llamaba el aspirante a rey, no logró su propósito, pues se murió prematuramente. De vivir más, es posible que ahora estuviera a punto de lograrlo.

M. Say dejó un hijo natural o el hijo de una amiga suya, al que adoptó. Esto no está claro. Sí lo está que la hija legítima del difunto pleiteó con el que M. Say había designado para su heredero, y consiguió que los jueces la pusieran en posesión de su fortuna. Sólo abandonó a Daniel Bourmancé (el hijo natural, o lo que fuese) el puerto marroquí.

Y Bourmancé tiene ese puerto como único medio de vida. Un puerto que no produciría nada si no fuese porque desde él se hace el contrabando a la bahía de Alhucemas. Esto lo sabe Francia y lo tolera, pese a las reclamaciones de nuestros diplomáticos.

Las reclamaciones de nuestros diplomáticos respecto de Port-Say... Una ha habido verdaderamente tremenda, y fue desatendida.

Como segundo de M. Bourmancé vive en Port-Say Haddú Ben Hammú, un moro que cuando el desastre luchó contra nuestras tropas. Este miserable se apoderó de una infeliz señorita que cayó prisionera en San Juan de las Minas. La violó y la tuvo en su gineceo un par de semanas, hasta que, por haberse puesto gravemente

enferma y no servirle ya para saciar sus apetitos, se desprendió de ella. La infeliz aún está cautiva en el campamento de Annual. Callo su nombre por razones fáciles de comprender... Pues bien: nuestro Gobierno pidió al de Francia la entrega de ese reo de delito común. ¡Y le fue denegada!

Haddú Ben Hammú, sirviendo a Bourmancé en sus negocios de contrabando, permanece en Port-Say. Allí lo he visto yo.

¿Basta esto para demostrar lo que es el puerto de Say y su propietario, el súbdito francés Daniel Bourmancé?... Si no basta, puede dar informes más amplios el redactor de *Le Journal* M. De Taillis.

En Port-Say, como ya he dicho, vive hace seis meses este redactor del popular periódico parisién. ¿Qué hace allí?... desde luego, telegrafía y escribe a su diario esos despachos y esas crónicas que *Le Journal* publica fechados en el «campamento del alto mando rifeño»... Pero hay algo más, y debe de haber mucho más...

De Taillis no es un simple redactor; es uno de los propietarios del periódico. La Empresa, pues, del gran rotativo está representada en su persona. ¡En la persona que acompaña a los beniurriagueles ilustres cuando van a París, que es con gran frecuencia! Valdría la pena de que nuestro embajador en Francia investigara lo que tan importante órgano de opinión tiene que ver con la República del Rif.

A mí me han dicho que se limita a querer cobrar una gruesa comisión del rescate de los cautivos, que por consejo de De Taillis ha subido de precio; pero también es posible que gestione para un día futuro las concesiones de las minas a ciertas Empresas, que ya se están constituyendo en Francia y hasta han enviado ingenieros para estudiar los filones.

La confirmación de cuanto llevo apuntado me ha sido proporcionada en Aydir, donde se sigue una política completamente opuesta a la nuestra. Tal vez por eso les vaya mejor de lo que a nosotros nos va...

En Aydir, lo mismo que se me enseñaron los cañones, las ametralladoras y las trincheras, que denotan su poderío, me dejaron ver

los jefes beniurriagueles la fuerza que les presta el apoyo de Francia.

Durante su entrevista conmigo, Abd-el-Krim aludió claramente al hecho de que si un día fue contrario a los franceses, hoy está en perfecta inteligencia con ellos.

Después su hermano me hizo ver que tal inteligencia existe. Se hablaba de la posibilidad de que las autoridades militares de Melilla me detuviesen al regreso. Y Mahomed me dijo:

—Váyase usted por la zona francesa.

—Imposible —dije—; no tengo ni el pasaporte, que me lo he dejado en el equipaje.

—Por eso no hay que apurarse —contestó—; mi hermano le dará a usted uno.

Pajarito hizo más. Me contó sus excursiones por Francia, añadiendo que en la próxima me telegrafiaría desde París para que fuese a reunirme con él. Orgulloso del trato que allí recibe, me decía:

—Ya verás, ya verás cómo nos consideran. Nos ponen un automóvil magnífico para que paseemos.

—¿Y nuestro embajador no reclama? —le pregunté.

—Claro que reclama; pero no le hacen caso.

—¡Imposible!

—Entérate. Vuestro embajador es el señor Quiñones de León, ¿verdad? Pues ese pidió que nos expulsasen a Mahomed Abd-el-Krim y a mí, cuando estuvimos en París hace mes y medio. Y Poincaré le contestó que no quería. Él tendrá la respuesta. Entérate tú.

Todavía, al despedirme de ellos, Abd-el-Krim el joven y Mahomed Azarkan, me pidieron que les enviase la colección completa de las fotografías que hicieron Díaz y Alfonso.

—¿Y cómo las mando?

La respuesta fue el nombre y las señas en la zona francesa de la persona que allí tienen como representante, si no oficial, oficioso. Pero tampoco es más que representante oficioso y no oficial nuestro cónsul en Uxda. La República del Rif tiene, pues, en el Marruecos francés igual trato que España.

Con una diferencia de bastante bulto: que nuestro representante no nos sirve de nada y el de ellos les sirve muy eficazmente.

Al contemplar todo esto, el paralelo de la insurrección cubana con el levantamiento de las cabilas rifeñas salta a los ojos. Entonces,



El pirata Abd-el-La, apresador del barco *Antonio Torres*; su cautivo, José Martínez, hijo del patrón muerto y Luis de Oteyza

como ahora, frente a nosotros había un enemigo inferior a nuestro poder; pero que conseguía resistirnos, gracias al apoyo que una gran potencia les prestaba. ¿Ocurrirá también ahora, como entonces, que si, al cabo, a costa de enormes sacrificios de sangre y de oro, logramos dominar a nuestro enemigo, intervenga a mano armada la gran potencia?... esta es la pregunta a la que debe obtenerse categórica contestación antes de gastar una peseta más y de sacrificar ninguna otra vida.

Yo se la hago al pueblo, ya que nuestros gobernantes, por lo visto, no quieren hacerla a quien debe contestar. Y espero que el pueblo, palpitante en su memoria aún el caso de Cuba, sabrá prevenirse. Mi conciencia, de todos modos, queda tranquila después de haber dado la voz de alarma.

Y no he de insistir. Ni para ratificarme, si, como espero, salen los voceros gubernamentales combatiendo mi juicio. La opinión que expongo se apoya en hechos reales. Quien tenga otra en contrario, que rectifique estos hechos. Mientras no se haga eso, que sé que no podrá hacerse, yo nada tengo que añadir.

Terminaré, pues, señalando los dos caminos que veo para evitar los anunciados males.

Es el uno entenderse con los rifeños, pactando la paz en las mejores condiciones que puedan lograrse. Ellos están dispuestos. Bien claro me lo han dicho, y no me han mentido, seguramente.

No me han mentido, porque temen la intervención de Francia. Harto saben que si los franceses les protegen es para sustituirnos.

Alarmado Abd-el-Krim cuando, al interviuvarle, hablé de la posibilidad de que otra nación tomara el puesto que abandonásemos nosotros, pasó de interrogado a interrogador, preguntándome si sabía «algo de eso». Y su hermano, insinuante en sus protestas de afecto a nosotros, «iguales en costumbres y en ideas», atrayente en sus ofrecimientos de darnos trato de nación más favorecida para el comercio y preferencia a nuestros capitales para la explotación de sus negocios, bien dejaba ver el temor a Francia.

El otro camino es aislar la zona francesa de las cabilas que nos combaten. De operar militarmente, por ahí es por donde hay que hacerlo. Por el interior, no por la playa de Alhucemas ni por las líneas paralelas a Ceuta y Melilla.

Estableciendo un cordón de seguridad a lo largo de la frontera del Marruecos francés, que bloquee a las gentes de Abd-el-Krim. Con ello su rendición sería inminente, sitiados como quedarían con la vigilancia marítima, sin poder ni salir a pescar, e imposibilitados de ir en busca de trabajo y de sus productos, y de lo que no es productos del trabajo a las tierras argelinas.

¿Qué ninguna de ambas cosas es factible?... No lo sé. No soy estadista ni estratega. Y estoy dispuesto a creer a los técnicos de la



Vista del territorio de beniurriaguel, desde el poblado de Aydir, frente al Peñón de Alhucemas

acción militar y de la acción política. No es factible ni pactar la paz ni operar por la parte interior, ¿verdad, señores?... Pues entonces el único camino que nos queda es la ruta del Mediterráneo que conduce a nuestra costa.

Hay que abandonar Marruecos. Y lo antes posible. Hoy mejor que mañana.

Índice onomástico

A

Abd-el-Krim Ben Siam. Pariente de Sidi Mohamed. Segundo de El Jattabi en el «ministerio del Interior». 33, 41, 94.

Abd-el-Krim, Mahomed (Abd-el-Krim el joven). Hermano menor de Sidi Mohamed y «ministro de Estado». 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 41, 45, 46, 59, 83, 91, 92, 103, 105.

Abd-el-Krim, Sidi Mohamed. (1882 o 1883-1963). Caudillo rifeño, presidente de la autoproclamada República del Rif. 12, 16, 20, 21, 22, 28, 29, 30, 32, 49, 50, 53, 54, 55, 67, 68, 71, 72, 73, 74, 76, 77, 78, 80, 81, 90, 93, 95, 101, 102, 103, 105, 107, 108.

Abd-el-Lá, Mohamed (El moro Paco). Contrabandista de Alhucemas, convertido en pirata. 84, 86, 87

Aguilar Martínez, Roberto. Capitán, Jefe del servicio de intervención de Alhucemas. 93

Aguilar y Salas, Teodomiro. (¿-1963). Cónsul español en Orán. 19

Aguirre de Cárcer, Manuel. (1882-1969). Jefe de la Sección de Marruecos del Ministerio de Estado. 36

Aguirre Ortiz de Zárate, Jesús. Capitán de ingenieros, prisionero en Axdir. 50

Aizpuru y Mondéjar, Luis (1857-1939). Comandante general de Melilla sucediendo a Jordana (1915), Jefe del Estado Mayor Central del Ejército (1922) y Alto comisario de España en Marruecos (1923). 72, 73

Alemán Villalón, Gerardo. Capitán de la Guardia Civil en Melilla. 73, 111
Araujo Torres, Silverio. Coronel de infantería en Melilla. Se rindió en Dar Quebdani a Kabdur Amar, dando lugar a la matanza de novecientos de sus soldados. Fue condenado en consejo de guerra. 9, 53, 54, 56, 79
Ardanáz, Julio. (1860-1939). General del ejército español, comandante general de Melilla. 20
Azarkan, Mohamed (*Pajarito*). 17, 22, 30, 31, 32, 33, 35, 37, 39, 42, 45, 46, 47, 48, 49, 51, 61, 67, 68, 80, 91, 103, 105

B

Ben Haddu, Amogar. Jefe de la guardia personal de Sidi Mohamed. 54, 67, 73, 80, 91, 98
Ben Hah, Mahomedi. Ayudante de Abd-el-Krim el joven en el «ministerio de Estado». 17, 33, 34, 91
Ben Hammu, Haddú. Caid, mano derecha de Bourmancé-Say en Port-Say y hombre de confianza de Sidi Mohamed. 103, 104
Ben Said, Idris. Agente de minas de Horacio Echevarrieta. 37, 64
Berenguer y Fusté, Dámaso. (1873-1953). Alto comisionado de España en Marruecos durante el desastre de Annual. En 1930 instauró en España la «Dictablanda». 39, 41, 64
Bon Kad Dour. Caid de Tamsaman. 103
Bourmancé-Say, Daniel. Hijo adoptivo de Louis Say. 103, 104
Burguete y Lana, Ricardo (1871-1937). General del ejército español. Alto comisario de España en Marruecos en sustitución del general Berenguer. 24, 55

C

Cagigas López de Tejada, Isidro (*Cajigas*) (1891-1956). Cónsul español en Uxda. 19, 20
Canillas, Antonio (hijo). Tripulante, con su padre del mismo nombre, del *Antonio Torres*. Prisionero en Bocoya. 86

Canillas, Antonio. De la Rápita del Muñoz (Granada), tripulante del *Antonio Torres*. Prisionero en Bocoya. 86
Chenus, Mohamedi. Responsable de Justicia en el «ministerio de Estado». 61
Chiquito. Patrón de embarcación a motor con base en Melilla. 23, 27
Chocrón, Abraham. Comerciante hebreo de telas de Uxda afín a España. 101, 102
Cierva y Peñafiel, Juan de la (1864-1938). Ministro de la Guerra. 64
Civantos Buenaño, Manuel. Comandante militar de Alhucemas. 38
Correa Ruíz, Alfredo. Capitán de artillería, prisionero en Axdir. Casado con María Teresa Fernández, prima del autor. 48, 49, 50
Correa y Oliver, Alfredo. General de brigada de artillería en la Comandancia General de Melilla, padre del prisionero Alfredo Correa Ruíz. 48, 49.

D

Delgado, Antonio. Soldado de la compañía de Mar. Asistente del general Navarro. Prisionero en Axdir. 53
Díaz Casariego, José María (Pepe Díaz). (1897-1967). Fotoperiodista. 7, 15, 24, 25, 28, 30, 31, 32, 46, 55, 73, 80, 90

E

El Hach, Mohamed Ben Sadik. Consuegro de Sidi Mohamed. 64
El Jattabi, Abd-Salam Ben Mohamed. Tío de Sidi Mohamed, «ministro del Interior». 22
El Maal-lem, Haddu Beni Alí. Jefe de los guardias del mar. 17, 21, 22, 23, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 39, 40, 45, 56, 61, 64, 83, 84, 86, 87, 88, 90, 93, 103, 104
Eloy Gallego Escribano (Emiliano María Revilla – Padre Revilla). (1880-1936). Ingeniero industrial, aviador y fraile franciscano. Capellán castrense en Annual. Asesinado por grupos falangistas en Burgos. 64, 76, 77, 99

F

Feit, M. Consul francés en Uxda. 19, 102

Fernández de Almeida, Manuel. Oficial de la Armada, delegado especial de la Cruz Roja en Melilla tras el desastre. 64

Fernández Silvestre, Manuel (General Silvestre). (1871-1921). Comandante en jefe del ejército español en el desastre de Annual, donde muere. 35, 37, 38, 39, 40, 72

Figueroa y Torres Medina, Álvaro. Conde de Romanones. (1863-1950). Político español, ministro, presidente del Congreso, del Senado y del Consejo de Ministros. Con intereses en la Compañía de Minas del Rif. 93

Florencio Parera, José. Teniente de aviación. Tripulante-observador del avión del capitán García de la Peña. Prisionero en Axdir. 53, 54, 69, 79

G

García de la Peña, José. Capitán de aviación. Prisionero en Axdir. 53, 79

Gilaberte Ara, Esteban. Teniente de la Policía indígena. Prisionero en Axdir. 53, 54, 79

Gómez-Jordana Sousa, Francisco (General Jordana). (1876-1944). Precedió a Berenguer como Alto comisionado de España en Marruecos. Más tarde participaría en los gobiernos de los dictadores Primo de Rivera y Franco Bahamonde. 36, 73, 74

Got, Antonio. Agente de minas de Horacio Echevarrieta. 37

H

Halddu ben Mohamed (Mohamed Quijote). Comandante de la artillería rifeña. 17, 30, 31, 33, 38, 45, 46, 92, 93

Hernández Ramírez, Rafael (*Rafaelito*) - Redactor de *La Libertad*. 15, 15, 15, 18, 18, 18

I

Ibáñez, Pedro. De Torrevieja. Tripulante del *Antonio Torres*. Prisionero en Bocoya. 86

J

Jiménez Fraud, Alberto (*Ximénez*). (1883-1964). Discípulo de Giner de los Ríos, fue el primer director de la Residencia de Estudiantes, de 1910 a 1936, en que tuvo que exiliarse. 36

L

Lasquetty, Juan. Coronel jefe de la Policía indígena. Sería asesinado el 13 de agosto de 1922, pocos días después del viaje de Oteyza. 21, 22, 56, 88

Lezama, Antonio de. Redactor jefe del diario *La Libertad*. 16, 24

Luca de Tena y Álvarez Ossorio, Torcuato (1861-1929). Fundador y director del diario monárquico *ABC*. 55

M

Martínez, José (*Chato*). Patrón de la embarcación *Antonio Torres*, de Torrevieja, Alicante, muerto en abordaje por el moro Paco el 14 de julio de 1921. 85, 86, 87, 106

Martínez, José. Hijo del Chato, del mismo nombre, y miembro de su tripulación. Prisionero en Bocoya. 85, 86, 87, 106

Méndez de San Julián y Belda, Francisco (marqués de Cabra). (1858-1925). General de brigada de artillería. Senador. 64, 99

Morales y Mendigutía, Rafael (1884-1921). Arabista, académico de la Historia. Coronel jefe de la Policía Indígena. Muerto en Annual, fue sustituido por Lasquetty. 37

N

Navarro Ceballos-Escalera, Felipe (1862-1936). General de brigada, segundo de Silvestre en la Comandancia General de Ceuta. A la muerte de éste tomó el mando de la defensa de Monte Arruit, que

tras once días entregó a los rifeños, lo cuales llevaron a cabo una carnicería. Prisionero en Axdir, a su liberación se le formó consejo de guerra del que salió absuelto y fue rehabilitado. Fue asesinado en 1936 en Paracuellos del Jarama. 9, 53, 54, 55, 56, 70, 79

Navarro y Morenés, Cristina (*Clotilde*). (¿- 1985). Hija del general Navarro, Casada en 1934 con el militar Emilio López de Letona y Chacón. 55

O

Osaba, Abd-lus. Propietario de una alquería en la playa de Suani. 28, 90, 111

P

Poincaré , Raimond (1860-1934) . Presidente de la República Francesa y, desde enero de 1922, primer ministro. 105

Q

Quiñones de León, José María (1873-1957). Embajador de España en París. 105

R

Riquelme López-Bago, José. (1880-1972). Coronel jefe de la circunscripción de Annual. Ausente en la Península por enfermedad durante el desastre, regresa de inmediato. En el Expediente Picasso declaró en contra del general Sanjurjo. 73

S

Sánchez García, Alfonso. (1880-1953). Uno de los más afamados fotógrafos del Madrid de su época, reportero y retratista. 15, 16, 25, 27, 30, 46, 54, 105

Sánchez Portela, Alfonso (*Alfonsito*). (1902-1990) Fotógrafo hijo del famoso fotógrafo. 7, 16, 19, 23, 28, 31, 46, 49, 51, 55, 80, 90, 111, 113

Say, Louis (M. Say). Fundador de Port-Say. 103
Seguí, Antonio. De Torrevieja. Tripulante del *Antonio Torres*. Prisionero en Bocoya. 86
Sist Robello, Vicente (*Siste*). Capitán Jefe de la Oficina de Asuntos Indígenas de Alhucemas en 1915. 73
Solanes Ibars, Juan. Teniente de la Policía indígena. 21
Soriano, Jorge. Coronel de ingenieros. Jefe de las Fuerzas Aéreas de Marruecos. 56
Suárez-Llanos Adriansens, Julio. (1881-1958). Comandante de Estado Mayor. 21

T

Taillis, Jean (M. De Taillis). Corresponsal de *Le Journal*, de París, en el Rif. 103, 104


Berenguer


Silvestre


Aizpuru


Araujo


Jordana



Silvestre



Lasquetty



Revilla



Ardanaz

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

El emperador descalzo
Philip Marsden

El Decamerón Negro
Leo Frobenius

Un viaje a California
Alexandre Dumas

De España al Japón
Luis de Oteyza

Diario de Kenia
Richard Meinertzhagen

El criador de gorilas
Roberto Arlt

En el remoto Cipango
Luis de Oteyza

El blocao
José Díaz Fernández

Los flamboyanes de Thika
Elspeth Huxley

Historia de Etiopía
Pedro Páez

El naufragio de la Medusa
A. Corréard y H. Savigny

La aldea en la jungla
Leonard Woolf

La aventura de mi vida
Osa Johnson

Por los mares del sur con Jack London
Martin Johnson

Exploradores y viajeros por África
Edición de Eduardo Riestra

Sally en Rodesia
Sheila MacDonald

Impresiones de mis viajes por las indias
Anita Delgado, princesa Prem Kaur de Kapurtala
Edición de Elisa Vázquez de Gey

Abd-el-Krim y los prisioneros
Luis de Oteyza



Luis de Oteyza

ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS

En verano de 1922 el periodista Luis de Oteyza, director del diario *La Libertad* emprende una viaje secreto a la región del Rif, escenario, sólo un año antes, del «Desastre de Annual». De aquel suceso bélico, que había causado casi diez mil muertos españoles, quedaban 350 prisioneros en manos del caudillo rebelde Abd-el-Krim; y el objetivo del periodista era entrevistarse no sólo con éste sino también con los presos, trayendo así noticias a sus familias. Lo acompañan los fotógrafos Alfonsito Sánchez Portela, hijo de su amigo Alfonso, y Pepe Díaz, de *Prensa Gráfica*. Todos ellos inventan viajes —a París a comprar máquinas, a Santander de vacaciones...— y parten de Madrid el 2 de julio rumbo a Orán. Un mes más tarde y tras complicadas —y a veces peligrosas— peripecias, Oteyza consigue entrevistar al caudillo rifeño y a los prisioneros, para regresar a España no sólo con las notas del viaje, sino con un firme criterio sobre la posición que debe tomar el gobierno de Madrid. Finalmente la historia nos cuenta que Annual costará a los españoles la dictadura de Primo de Rivera, la II República y el golpe de estado de Franco Bahamonde. A Oteyza, este libro y, en 1925, un viaje al Japón (publicado también por Ediciones del Viento). Luego, claro está, el exilio.

PVP: 15,00 €
ISBN: 978-84-947880-4-8



EDICIONES DEL VIENTO
viento simún 88